

Cuestiones de sociología, economía y política.

U1

Unidad 1 El Conocimiento de lo Social

Profesor Titular: Juan Villarreal

Profesor Adjunto: Miguel Angel Ferraro

Índice de Autores y temas de la Unidad 1 (Por orden de presentación)

- Emile Durkheim: Las reglas del método sociológico Cap. I: "¿Qué es un hecho social?"
- Miguel Ángel Ferraro "La realidad cotidiana"
- Paul Watzlawick " Planolandia"
- Miguel Ángel Ferraro ¿Es natural todo lo que hacemos en nuestra vida cotidiana?
- Miguel Ángel Ferraro " La sociedad como realidad objetiva "
- Miguel Ángel Ferraro: " La sociedad como realidad subjetiva "
- Miguel Ángel Ferraro: "La Imaginación Sociológica"
- Gabriel García Marquez: "Solo vine a hablar por teléfono"
- Miguel Ángel Ferraro- Sofía Saulesleja: Análisis de "Solo vine a hablar por teléfono"
- Arturo Jauretche: "Zonceras sobre la población (O de la autodenigración)"
- Miguel Ángel Ferraro- Sofía Saulesleja: Análisis de "Zonceras sobre la población (O de la autodenigración)"

OBJETIVOS PARTICULARES

Permitir el abordaje de las distintas concepciones de producción de conocimiento sobre lo social.

CONTENIDO

Naturaleza de lo social. El individuo y la sociedad. El problema del conocimiento de lo social. Diferentes modelos teóricos y concepciones metodológicas. Sujetos y objetos de estudio. El investigador como sujeto social. Explicación y comprensión de los fenómenos sociales. La objetividad y la neutralidad. Compromiso y transformación. La formulación de los "problemas" de carácter social. Lo micro y lo macrosocial. El proceso de socialización.

EMILE DURKHEIM. LAS REGLAS DEL MÉTODO SOCIOLÓGICO

Cap. I: "¿Qué es un hecho social?"

Antes de indagar el método que conviene al estudio de los hechos sociales, es preciso saber a qué hechos se da este nombre.

La cuestión es tanto más necesaria, en cuanto se emplea aquel calificativo sin mucha precisión; se le emplea corrientemente para designar a casi todos los fenómenos que ocurren en el interior de la sociedad, por poco que a una cierta generalidad unan algún interés social. Pero, partiendo de esta base, apenas si podríamos encontrar ningún hecho humano que no pudiera ser calificado de social. Todo individuo bebe, duerme, come, razona, y la sociedad tiene un gran interés en que estas funciones se cumplan regularmente. Si estos hechos fueran, pues, sociales, la sociología no tendría objeto propio, y su dominio se confundiría con el de la biología y el de la psicología.

Pero, en realidad, en toda sociedad existe un grupo determinado de fenómenos que se distinguen por caracteres bien definidos de aquellos que estudian las demás ciencias de la Naturaleza.

Cuando yo cumplo mi deber de hermano, de esposo o de ciudadano, cuando ejecuto las

obligaciones a que me he comprometido, cumplo deberes definidos, con independencia de mí mismo y de mis actos, en el derecho y en las costumbres. Aún en los casos en que están acordes con mis sentimientos propios, y sienta interiormente su realidad, ésta no deja de ser objetiva, pues no soy yo quien los ha inventado, sino que los he recibido por la educación. ¡Cuántas veces sucede que ignoramos el detalle de las obligaciones que nos incumben, y para conocerlas tenemos necesidad de consultar el Código y sus intérpretes autorizados! De la misma manera, al nacer el creyente ha encontrado completamente formadas sus creencias y prácticas; si existían antes que él, es que tienen vida independiente. El sistema de signos de que me sirvo para expresar mi pensamiento, el sistema de monedas que uso para pagar mis deudas, los instrumentos de crédito que utilizo en mis relaciones comerciales, las prácticas seguidas de mi profesión, etc., funcionan con independencia del empleo que hago de ellos. Que se tomen uno tras otros los miembros que integran la sociedad, y lo que precede podrá afirmarse de todos ellos.

He aquí, pues, maneras de obrar, de pensar y de sentir, que presentan la importante propiedad de existir con independencia de las conciencias individuales.

Y estos tipos de conducta o de pensar no sólo son exteriores al Individuo, sino que están dotados de una fuerza imperativa y coercitiva, por la cual se le imponen, quieran o no. Sin duda, cuando me conformo con ellos de buen grado, como esta coacción no existe o pesa poco, es inútil; pero no por esto deja de constituir un carácter intrínseco de estos hechos y la prueba la tenemos en que se afirma, a partir del momento en que intentamos resistir. Si yo trato de violar las reglas del derecho, reaccionan contra mí para impedir mi acto si todavía hay tiempo, o para anularlo y restablecerlo en su forma normal si se ha realizado y es reparable, o para hacérmelo expiar si no puede ser reparado de otra manera. ¿Se trata de máximas puramente morales? La conciencia pública impide todo acto que la ofenda, por la vigilancia que ejerce sobre la conducta de los ciudadanos y las penas especiales de que dispone. En otros casos la coacción es menos violenta, pero existe. Si yo no me someto a las convenciones del mundo, si al vestirme no tengo en cuenta las costumbres seguidas en mi país y en mi clase, la risa que provoco, el aislamiento en que se me tiene, producen, aunque de una manera más atenuada, los mismos efectos que una pena propiamente tal. Además, no por ser la coacción indirecta, es menos eficaz. Yo no tengo obligación de hablar en francés con mis compatriotas, ni de emplear las monedas legales; pero me es imposible hacer otra cosa. Si intentara

escapar a esta necesidad mi tentativa fracasaría miserablemente. Industrial, nada me impide trabajar con procedimientos y métodos del siglo pasado; pero si lo hago me arruinaré sin remedio. Aun cuando pueda liberarme de estas reglas y violarlas con éxito, no lo haré sin lucha. Aun cuando pueda vencerlas definitivamente, siempre hacen sentir lo suficiente su fuerza coactiva por la existencia que oponen. Ningún innovador, por feliz que haya sido en su empresa, puede vanagloriarse de no haber encontrado obstáculos de este género.

He aquí, pues, un orden de hechos que presentan caracteres muy especiales: consisten en maneras de obrar, de pensar y de sentir, exteriores al individuo, y que están dotadas de un poder coactivo, por el cual se le imponen. Por consiguiente, no pueden confundirse con los fenómenos orgánicos, pues consisten en representaciones y en acciones; ni con los fenómenos psíquicos, que sólo tienen vida en la conciencia individual y por ella. Constituyen, pues, una especie nueva, a que se ha de dar y reservar la calificación de (sociales). Esta calificación les conviene, pues no teniendo al individuo por sustrato, es evidente que no pueden tener otro que la sociedad, ya a la política en su integridad, ya a algunos de los grupos parciales que contiene, confesiones religiosas, escuelas políticas, literarias, corporaciones profesionales, etc. Además, podemos afirmar que sólo conviene a ellos, pues la palabra social, sólo tiene un sentido definido a condición de designar únicamente fenómenos que no entran en ninguna de las categorías de hechos constituidos y calificados. Constituyen, pues, el dominio propio de la sociología. Es verdad que la palabra coacción, con la cual los definimos, corre riesgo de asustar a los partidarios entusiastas de un individualismo absoluto. Como estos creen que el individuo es perfectamente autónomo, consideran que se aminora su valor, siempre que se intenta hacerlo depender de algo que no sea él mismo. Más siendo hoy ya incontestable que la mayoría de nuestras ideas y tendencias no son elaboradas por nosotros, sino que provienen del exterior, es evidente que sólo pueden penetrar en nosotros, por medio de la imposición: esto es cuanto significa nuestra definición. Además, es cosa sabida que toda coacción social no es necesariamente exclusiva de la personalidad individual. (1)

Sin embargo, como los ejemplos que acabamos de citar (reglas jurídicas, morales, dogmas religiosos, sistemas financieros, etc.), consisten todos en creencias y en prácticas constituidas, de lo que antecede podría deducirse que el hecho social ha de ir acompañado forzosamente de una organización definida. Pero existen otros hechos que, sin presentar estas formas cristalizadas, tienen la misma objetividad y el mismo ascendiente sobre el individuo. Nos referimos a lo que se ha llamado

corrientes sociales. Por ejemplo: en una asamblea, los grandes movimientos de entusiasmo, de indignación, de piedad, que se producen, no se originan en ninguna conciencia particular. Vienen a cada uno de nosotros del exterior, y son capaces de arrastrarnos aun contra nuestro deseo. Sin duda, puede suceder que si me abandono a ellos sin reserva, yo no sienta la presión que ejercen sobre mí. Pero aparece desde el momento en que intente resistirlos. Que un Individuo trate de oponerse a una de estas manifestaciones colectivas, y los sentimientos que niega, se vuelven en su contra. Ahora bien, si esta fuerza de coerción externa se afirma con tal claridad en los casos de resistencia, es que existe, aunque inconsciente, en los casos contrarios. Entonces somos víctimas de una ilusión que nos hace creer que hemos elaborado por nosotros mismos lo que se nos impone desde fuera. Pero si la complacencia con que creemos esto, desfigura el impulso sufrido, no lo suprime. El aire tampoco deja de ser pesado, porque no sentimos su peso. Aun cuando hayamos, por nuestra parte, colaborado a la emoción común, la impresión que hemos sentido es muy diferente de la que hubiéramos experimentado de estar solos. Una vez terminada la reunión, y cesado de obrar sobre nosotros aquellas influencias sociales, al encontrarnos solos con nosotros mismos, los sentimientos por los que hemos pasado nos hacen el efecto de algo extraño en lo cual no nos reconocemos. Entonces comprendemos que los hemos sufrido mucho más de lo que en ellos hemos colaborado. Hasta pueden inspirarnos horror, por lo contrarios que son a nuestra naturaleza. Y de esta manera, individuos generalmente inofensivos, reunidos en manada, pueden dejarse arrastrar por actos de verdadera atrocidad. Ahora bien; cuanto hemos dicho de estas explosiones pasajeras, se aplica igualmente a estos movimientos de opinión, más duraderos, que se producen sin cesar a nuestro alrededor, ya en el conjunto de la sociedad, ya en círculos más limitados, sobre materias religiosas, políticas, literarias, artísticas, etc.

De otra parte, para confirmar con una experiencia característica esta definición del hecho social, basta observar la manera como son educados los niños. Cuando se miran los hechos tales como son y como siempre han sido, salta a los ojos que toda educación consiste en un esfuerzo continuo para imponer a los niños maneras de ver, de sentir y de obrar, a las cuales no habrían llegado espontáneamente. Desde los primeros momentos de su vida les obligamos a comer, a beber, a dormir en horas regulares, a la limpieza, al sosiego, a la obediencia; más tarde les hacemos fuerza para que tengan en cuenta a los demás, para que respeten los usos, conveniencias; les coaccionamos para que trabajen, etcétera. Si con el tiempo dejan de sentir esta coacción, es que

poco a poco origina hábitos y tendencias internas que la hacen inútil, pero que sólo la reemplazan porque derivan de ella. Es verdad que, según Spencer, una educación racional debería reprobar tales procedimientos y dejar en completa libertad al niño; pero como esta teoría pedagógica no ha sido practicada por ningún pueblo conocido, sólo constituye un desiderátum personal, no un hecho que pueda oponerse a los hechos que preceden. Lo que hace a estos últimos particularmente instructivos, es el tener la educación precisamente por objeto el constituir al ser social; en ella se puede ver, como en resumen, la manera como en la historia se ha constituido este ser. Esta presión de todos los momentos que sufre el niño es la presión misma del medio social que tiende a moldearlo a su imagen y del cual los padres y los maestros no son más que los representantes y los intermediarios.

No es su generalidad lo que puede servirnos para caracterizar los fenómenos sociales. Un pensamiento que se encuentre en todas las conciencias particulares, un movimiento que repitan todos los individuos, no son, por esto, hechos sociales. Si para definirlos se contenta el sociólogo con este carácter, es que, equivocadamente, los confunde con lo que podríamos llamar sus encarnaciones individuales. Lo que los constituye son las creencias, las tendencias, las prácticas del grupo tomado colectivamente; en cuanto a las formas que revisten los estados colectivos al refractarse en los individuos, son cosas de otra especie. Lo que demuestra categóricamente esta dualidad de naturaleza es que estos dos órdenes de hechos se presentan muchas veces disociados. En efecto: algunas de estas maneras de obrar y de pensar adquieren, por la repetición, una especie de consistencia que, por decirlo así, los precipita y los aísla de los hechos particulares que los reflejan. De esta manera afectan un cuerpo y una forma sensible que les es propio, y constituyen una realidad sui géneris muy distinta de los hechos Individuales que las manifiestan. El hábito colectivo no existe sólo en estado de inmanencia en los actos sucesivos que determina, sino que, por un privilegio sin par en el reino biológico, se expresa una vez para siempre en una fórmula que se repite de boca en boca, se transmite por la educación y hasta se fija por escrito. Tal es el origen de las reglas jurídicas, morales, de los aforismos y dichos populares, de los artículos de fe, en donde las sectas religiosas y políticas condensan sus creencias, de los códigos de lo bello que erigen las escuelas literarias. Ninguna de ellas se encuentran por completo en las aplicaciones que hacen las particulares, pues hasta pueden existir sin ser actualmente aplicadas.

Sin duda esta disociación no se presenta siempre con la misma claridad. Pero basta con que exista de una manera incontestable en los importantes y numerosos casos que acabamos de recordar, para demostrar que el hecho social es distinto de sus repercusiones individuales. Además, aun cuando no se presente inmediatamente a la observación, puédesse ésta realizar mediante ciertos artificios de método: hasta es necesario proceder a esta operación si se quiere separar el hecho social de toda mescolanza, para observarlo de esta manera en estado de pureza. Y de esta manera, existen ciertas corrientes de opinión que nos empujan con una desigual intensidad, según los tiempos y los países, una, por ejemplo, hacia el matrimonio, otra, al suicidio o a una natalidad más o menos fuerte. Y todo esto son evidentemente hechos sociales. A la primera impresión parecen inseparables de las formas que toman en los casos particulares; pero la estadística nos proporciona medios para aislarlos. En efecto; no sin exactitud están figurados por el tanto por ciento de la natalidad, de los matrimonios, de los suicidios, es decir, por el número que se obtiene dividiendo el total medio anual de los matrimonios, de los nacimientos, de las muertes voluntarias por los hombres en edad de casarse, de procrear, de suicidarse. (2) Y esto porque como cada una de estas cifras comprende todos los casos particulares indistintamente, las circunstancias individuales que pueden tener cierta influencia en la producción del fenómeno se neutralizan mutuamente y, por consiguiente, no contribuyen a su determinación. Lo que expresan es un determinado estado del alma colectiva.

He aquí lo que son los fenómenos sociales una vez que se los ha desembarazado de todo elemento extraño. En cuanto a sus manifestaciones privadas, podemos afirmar que tienen algo de social, pues reproducen en parte un modelo colectivo; pero cada una de ellas depende también, y en mucho, de la constitución orgánico-psíquica del individuo, de las circunstancias particulares en que está colocado. Estas manifestaciones no son, pues, fenómenos propiamente sociológicos. Pertenecen a la vez a dos reinos: se las podría llamar socio-psíquicas. Interesan al sociólogo, sin constituir la materia inmediata de la sociología. En el interior del organismo se encuentran también fenómenos de naturaleza mixta que estudian las ciencias mixtas, como la química biológica.

Pero, se dirá: un fenómeno sólo puede ser colectivo a condición de ser común a todos los miembros de la sociedad o, por lo menos, a la mayoría de ellos, y, por consiguiente, si es general. Sin duda, pero si es general, se debe a que es colectivo (es decir, más o menos obligatorio), bien lejos de ser colectivo porque es general. Es un estado del grupo que se repite en los individuos porque se les impone. Existe en cada parte porque está en todo, lejos de que esté en el todo porque está en las

partes. Esto es lo que es especialmente evidente de estas creencias y de estas prácticas, que las generaciones anteriores nos han transmitido completamente formadas; las recibimos y las adoptamos, porque siendo a la vez una obra colectiva y una obra secular, están investidas de una autoridad particular que la educación nos ha enseñado a reconocer y a respetar. ahora bien; hay que notar que la inmensa mayoría de los fenómenos sociales llegan a nosotros por este camino. Aun cuando el hecho social sea debido en parte a nuestra colaboración directa, no por esto cambia de naturaleza. Un sentimiento colectivo que se manifiesta en una asamblea, no expresa solamente lo que había de común entre todos los sentimientos individuales, sino que representa algo completamente distinto, como ya hemos demostrado. Es una resultante de la vida común, un producto de las acciones y reacciones que se desarrollan entre las conciencias individuales; si resuena en cada una de ellas, es en virtud de la energía especial que debe precisamente a su origen colectivo. Si todos los corazones vibran al unísono, no es a consecuencia de una concordancia espontánea y preestablecida, sino porque una misma fuerza los mueve en el mismo sentido. Cada uno es arrastrado por todos.

Llegamos, pues, a representarnos de una manera precisa el dominio de la sociología. Este dominio comprende solamente un grupo determinado de fenómenos. Un hecho social se reconoce en el poder de coerción externa que ejerce o es susceptible de ejercer sobre los individuos; y la presencia de este poder se reconoce a su vez, ya por la existencia de alguna sanción determinada, ya por la resistencia que el hecho opone a toda empresa individual que tienda a violarla. Sin embargo también se lo puede definir por la difusión que presenta en el interior del grupo, con tal que, teniendo en cuenta las precedentes observaciones, se tenga cuidado de añadir, como segunda especial característica, que existe con independencia de las formas individuales que toma al confundirse. En algunos casos, este último criterio hasta es de una aplicación más sencilla que el anterior. En efecto; la coacción es fácil de constatar cuando se traduce al exterior por alguna reacción directa de la sociedad, como sucede, por ejemplo, con el derecho, con la moral, con las creencias, con los usos y hasta con las modas.

Pero cuando esta coacción es indirecta, como, por ejemplo, la que ejerce una organización económica, no se percibe siempre con la necesaria claridad. La generalidad, combinada con la objetividad, pueden entonces ser más fáciles de establecer. De otra parte, esta segunda definición

no es más que la primera en una forma distinta; pues si una manera de obrar, que tiene vida fuera de las conciencias individuales se generaliza, sólo puede hacerlo imponiéndose. (3)

Sin embargo, se nos podría argüir: ¿es esta definición completa? En efecto; los hechos que nos han servido de base son todas maneras de hacer; son de orden fisiológico. Ahora bien; existen también maneras de ser colectivas; es decir hechos sociales de orden anatómico y morfológico. La sociología no puede desinteresarse de lo que concierne al sustrato de la vida colectiva. Y sin embargo, el número y naturaleza de las partes elementales de que está compuesta la sociedad, la manera de estar dispuestas; el grado de coalescencia que han alcanzado, la distribución de la población por el territorio, el número y naturaleza de las vías de comunicación, la forma de las habitaciones, etcétera, no parecen al primer examen poder reducirse a maneras de obrar, o de sentir, o de pensar.

Pero estos diversos fenómenos presentan, desde luego, la misma característica que nos ha servido para definir a los demás. Estas maneras de ser se imponen al individuo de la misma suerte que las maneras de hacer de que hemos hablado. En efecto; cuando se quiere conocer el modo como están combinadas estas divisiones, la fusión más o menos completa que existe entre ellas, no se puede obtener ningún resultado mediante una inspección material o por inspecciones geográficas; y esto porque aquellas divisiones son morales, aun cuando tengan alguna base en la naturaleza física.

Esta organización solamente puede estudiarse con el auxilio del derecho público, pues es este derecho el que la determina, de la misma manera que determina nuestras relaciones domésticas y cívicas. Ella es pues, igualmente obligatoria. Si la población se amontona en nuestras ciudades en lugar de distribuirse por el campo, es señal de que existe una corriente de opinión, un impulso colectivo, que impone a los individuos esta concentración. La libertad que tenemos para elegir nuestros vestidos, no es superior a la que tenemos para escoger la forma de nuestras casas; tan obligatoria es una cosa como la otra. Las vías de comunicación determinan de una manera imperiosa el sentido de las emigraciones interiores y de los cambios, y hasta la intensidad de estos cambios y emigraciones, etc. Por consiguiente, todo lo más, a la lista de los fenómenos que hemos enumerado, como presentando el signo distintivo del hecho social, podríamos añadir una categoría más; pero como esta enumeración no podría ser rigurosamente exhaustiva, la adición no será indispensable.

Y ni siquiera sería útil, pues estas maneras de ser no son más que maneras de hacer consolidadas. La estructura política de una sociedad no es más que la manera cómo los distintos segmentos que la componen han tomado la costumbre de vivir entre sí. Si sus relaciones son tradicionalmente estrechas, los segmentos tienden a confundirse; en el caso contrario, a distinguirse. El tipo de habitación que se nos impone, no es más que el resultado de la manera como se han acostumbrado a construir las casas, los que viven a nuestro alrededor, y en parte, las generaciones anteriores. Las vías de comunicación no son más que el cauce que se ha abierto a sí misma —al marchar en el mismo sentido— la corriente regular de los cambios y de las emigraciones, etc. Sin duda, si los fenómenos de orden morfológico fueran los únicos que presentasen esta fijeza, se podría creer que constituyen una especie aparte. Pero una regla jurídica es una coordinación tan permanente como un tipo de arquitectura, y sin embargo, es un hecho fisiológico. Una simple máxima moral es, a buen seguro, más maleable, pero presenta formas más rígidas que una sencilla costumbre profesional o que una moda. Existen, pues, toda una gama de matices que, sin solución de continuidad enlazan los hechos de estructura más caracterizada con estas corrientes libres de la vida social que todavía no se han moldeado definitivamente. Entre ellos no existen más que diferencias en el grado de consolidación que presentan. Unos y otras no son otra cosa que la vida más o menos cristalizada. Sin duda, puede existir algún interés para reservar el nombre de morfológicos a los hechos sociales que hagan referencia al sustrato social, pero en este caso no se ha de perder de vista que son de la misma naturaleza que los demás. Nuestra definición comprenderá todo lo definido, si decimos: Hecho social es toda manera de hacer, fijada o no, susceptible de ejercer sobre el individuo una coacción exterior; o bien: Que es general en el conjunto de una sociedad, conservando una existencia propia, independiente de sus manifestaciones individuales. (4)



NOTAS

1 - Los suicidios se producen con distinta frecuencia según la edad que se tenga y según la época en que se viva.

2 - Pero un estado individual no deja de ser individual por el hecho de que rebote en otros. Además cabe preguntarse si la palabra imitación es realmente la adecuada para designar una propagación debida a una influencia coercitiva. Esta expresión se utiliza para denominar, de forma imprecisa, fenomenos muy diversos y que seria preciso diferencias.

3 - Por lo dicho se comprende la distancia que media entre esta definición del hecho social y aquella otra que sirve de base al ingenioso sistema de Tarde. En primer lugar, debemos declarar que nuestras investigaciones no nos han hecho descubrir, en ninguna parte, aquella influencia preponderante que Tarde atribuye a la imitación, en la génesis de los hechos colectivos. Además, de la definición precedente —que no es una teoría, sino un simple resumen de los datos inmediatos de la observación—, parece resultar que la imitación no sólo no expresa siempre, sino que no expresa nunca lo que hay de esencial y de característico en el hecho social. Sin duda, todo hecho social es ilimitado, y como acabamos de ver, tiene una tendencia a generalizarse; pero esto es porque es social es decir, obligatorio. Su fuerza de expansión no es la causa, sino la consecuencia de su carácter sociológico. Si los hechos sociales fueran los únicos en producir esta consecuencia, la imitación podría servir si no para explicarlos, por lo menos para definirlos. Pero un estado individual que se repite no deja por esto de ser individual. Además habría necesidad de aclarar si la palabra imitación es la más conveniente para designar una propagación debida a una influencia coercitiva.

Bajo esta única expresión se confunden fenómenos muy diferentes, que sería preciso distinguir.

4 - Este estrecho parentesco entre la vida y la estructura, del órgano y de la función, puede establecerse fácilmente en la sociología, porque entre estos dos términos extremos, existe toda una serie de intermediarios. Inmediatamente observables que muestran su lazo de unión. La biología no posee este recurso. Pero hay derecho para creer que las inducciones sobre este punto de la primera de estas ciencias, son aplicables a la otra, y que tanto en los organismos como en las sociedades, sólo existe

entre estos dos órdenes de hecho, diferencias de grado.

La realidad cotidiana

Introducción

Miguel Ángel Ferraro

En la realización de este material colaboraron Maria Sofía Cinquino, Flavia Outi que transcribieron y “recuperaron” mis apuntes de clases, en las correcciones estuvieron Daniela Marchini, Sofia Saulesleja, Noemí Vidal.

¿Es natural todo lo que hacemos en nuestra vida cotidiana?

“Es famoso el dicho de Marx según el cual las personas hacen la historia pero no las condiciones de su elección. Podemos actualizar esta tesis conforme a las exigencias de la política de la vida y decir que las personas hacen su vida pero no las condiciones de su elección.”

Bauman, Zygmunt La sociedad individualizada. Cátedra, Madrid, 2001

Para mejor y para peor, las cosas en nuestra vida cotidiana pueden ser de diferentes maneras. Nuestra realidad diaria parece ser algo natural y normal y no hay demasiadas opciones para que sea diferente.

El hecho es que no podemos entender cómo trabajamos, consumimos, amamos, nos divertimos, nos frustramos, hacemos amistades, crecemos o envejecemos, si no partimos de la base de que podríamos hacer todo eso de muchas otras formas.

 Pero sea como sea que se lleven a cabo esas actividades, todo depende de las circunstancias sociales en las que somos educados, maleducados, hechos o desechos.

A qué dedicaremos nuestros esfuerzos físicos y mentales, son cosas que dependen de cómo la sociedad (que no es nunca la única posible) nos las defina, limite, estimule o proponga.

La sociedad nos marca la forma de sentir esas necesidades y de canalizar nuestros deseos.

Para poner a prueba nuestra idea de que no existe una sola y única sociedad pongamos a consideración algunos ejemplos de nuestra vida cotidiana.

Muchos estarán de acuerdo que el amor que tiene los padres por un hijo es algo “natural”. Tal vez con nostalgia recordemos escenas de la infancia donde nuestros padres nos acompañaban cuando estábamos enfermos o nos acariciaban haciéndonos sentir como los seres más afortunados del universo.

Pero si el amor de los padres es algo natural siempre tuvo que ser así.

A través del sociólogo **Norbet Elías** y su estudio sobre la civilización de los padres descubramos que pasaba en la antigüedad:

“imaginarse hoy en día el trato de los niños, en particular el que se dispensaba a los párvulos en tiempos pasados, suscita más de una dificultad. Pruebas de este trato existen en abundancia. Pero las realidades que revelan provocan cierta incomodidad

En un estudio relativamente reciente se dice:

“Por lo general se subvalora el asesinato de infantes en la Antigüedad, a pesar de que los autores antiguos presentan cientos de señales inequívocas de que el asesinato de niños un fenómeno cotidiano y ampliamente aceptado. Los niños eran arrojados a los ríos sobre el estiércol y en hoyos fecales eran” conservados” en recipientes con el propósito de hacerlos morir de hambre, se abandonaban en la montaña y a la vera del los caminos como “presa de pájaros y alimentos fieras que lo despedazarían” (Eurípides, Ion).

Generalmente se consideraba que no valía la pena que viviera un niño imperfecto en forma y altura o un niño que gritaba con voz demasiado débil o demasiado fuerte o que de algún modo fuera distinto de lo que exigían los escritos ginecológicos referentes a la cuestión

“como se reconoce que un recién nacido merece la pena de ser educado”. Los hijos que nacían primero, ciertamente podían por lo común, vivir en especial si se trataba de un varón. Las niñas naturalmente contaban poco. Las instrucciones que Hilarion dio a su mujer Alis (siglo I a. C) son típicas de franqueza con que se discutían estos asuntos: “En caso de que parieras, como es bien posible, un varón, déjalo vivir; pero si es una niña, exponla”. El resultado fue un gran desequilibrio cuantitativo entre hombres y mujeres que fue característico de Occidente hasta la Edad Media. (Lloid de Mause ed., Hört ihr die Zinder weinen, Francfort del Meno, Suhrkamp, 1977. Pág. 46)

El ejemplo nos muestra que lo que a nosotros se nos presenta como una crueldad y algo antinatural en la relación padres e hijos, en el pasado no era otra cosa que una forma de control de la natalidad.

En nuestro tiempo el amor y el afecto de los padres para sus hijos parece algo dado por la naturaleza y además se presentan como sentimientos uniformes y permanentes que perduran toda la vida. Esto contrasta con la antigüedad, donde los niños abandonados eran algo cotidiano, algo habitual. No había leyes contra el asesinato de niños. El asesinato de niños se consideraba natural. “El abandono y asesinato de párvulos en tiempos pasados no fueron en el fondo otra cosa que una forma cruel de control de natalidad.” (N. Elías)

Otro ejemplo interesante es reflexionar sobre la belleza.



Si pensamos en el modelo que buscó Goya para dibujar la maja desnuda, este no se condice con los ideales de belleza que tienen hoy las mujeres. Podemos ver que la idea de belleza femenina puede ser asociada en contextos sociales y económicos diferentes a la gordura o a la delgadez.

La maja desnuda Goya. Siglo XVIII

👉 Es decir, las clasificaciones de belleza aplicadas al cuerpo gordo-delgado; fuerte-débil; grande, pequeño, etc. son a la vez arbitrarias y fundadas específicamente en un orden social determinado.

Lo que intentamos demostrar con estos ejemplos históricos es simplemente lo relativo que puede ser la realidad de nuestra vida cotidiana. No existe una sola realidad ni tampoco es producto de la naturaleza. La realidad que vivimos es un producto de nosotros mismos y del contexto histórico que nos toca vivir.

Planolandia

Paul Watzlawick

Hay un pequeño libro, escrito hace ya casi un siglo, del que es autor el entonces director de la City of London School, reverendo Edwin A. Abbott. Aunque compuso más de cuarenta obras, todas ellas relacionadas con los temas de su especialidad, es decir, la literatura clásica y la religión, esta obrita, al parecer insignificante, titulada *Flatland. A Romance in Many Dimensions* [1] (Planolandia. Historia fantástica en varias dimensiones), es, por decirlo con la lapidaria observación de Newman [117], «su única protección contra el olvido total».

No puede negarse que *Planolandia* está escrito en un estilo más bien llano; pero aun así, se trata de un libro muy singular. Singular no sólo porque anticipa ciertos conocimientos de la moderna física teórica, sino sobre todo por su aguda intuición psicológica, que ni siquiera su prolijo estilo victoriano consigue apagar. Y no parece exagerado desear que esta obra (o una versión modernizada de la misma), se convirtiera en libro de lectura obligatoria para la enseñanza media. El lector comprenderá pronto por qué razón.

Planolandia es una narración puesta en boca del habitante de un mundo bidimensional, es decir, de una realidad que sólo tiene longitud y anchura, pero no altura. Es un mundo plano, como la superficie de una hoja de papel, habitado por líneas, triángulos, cuadrados, círculos, etc. Sus moradores pueden moverse libremente sobre (o, mejor decir, en) esta superficie, pero, al igual que las sombras, ni pueden ascender por encima ni descender por debajo de ella. No hace falta decir que ellos ignoran esta limitación, porque la idea de una tercera dimensión les resulta inimaginable.

El narrador de nuestra historia vive una experiencia totalmente conturbadora, precedida de un sueño singular. En este sueño, se ve trasladado de pronto a un mundo unidimensional, cuyos habitantes son puntos o rayas. Todos ellos se mueven hacia adelante o hacia atrás, pero siempre sobre una misma línea, a la que llaman su mundo. A los habitantes de *Linelandia* les resulta totalmente inconcebible la idea de moverse también a la derecha o a la izquierda, además de hacia adelante o hacia atrás. En vano intenta nuestro narrador, en su sueño, explicar a la raya más larga de *Linelandia* (su monarca) la realidad de *Planolandia*. El rey le toma por loco y ante tan obtusa tozudez nuestro héroe, acaba por perder la paciencia:

¿Para qué malgastar más palabras? Sábetete que yo soy el complemento de tu incompleto yo. Tú eres una línea, yo soy una línea de líneas, llamada en mi país cuadrado. Y aun yo mismo, aunque infinitamente superior a ti, valgo poco comparado con los grandes nobles de *Planolandia*, de donde he venido con la esperanza de iluminar tu ignorancia [2].

Ante tan delirantes afirmaciones, el rey y todos sus súbditos, puntos y rayas, se arrojan sobre el cuadrado a quien, en este preciso instante, devuelve a la realidad de *Planolandia* el sonido de la campana que le llama al desayuno.

Pero aquel día le tenía aún reservada otra molesta experiencia:

El cuadrado enseña a su nieto, un hexágono, los fundamentos de la aritmética y su aplicación a la geometría. Le enseña que el número de pulgadas cuadradas de un cuadrado se obtiene sencillamente elevando a la segunda potencia el número de pulgadas de uno de los lados.

El pequeño hexágono reflexionó durante un largo momento y después dijo:

«También me has enseñado a elevar números a la tercera potencia. Supongo que 3^3 debe tener algún sentido geométrico; ¿Cuál es?» «Nada, absolutamente nada», repliqué yo, «al menos en la geometría, porque la geometría sólo tiene dos dimensiones» Y luego enseñé al muchacho cómo un punto que se desplaza tres pulgadas genera una línea de tres pulgadas, lo que se puede expresar con el número 3; y si una línea de tres pulgadas se desplaza paralelamente a sí misma tres pulgadas, genera un cuadrado de tres pulgadas, lo que se expresa aritméticamente por 3^2 .

Pero mi nieto volvió a su anterior objeción, pues me interrumpió exclamando: «Pero si un punto, al desplazarse tres pulgadas, genera una línea de tres pulgadas, que se representa por el número 3, y si una recta, al desplazarse paralelamente a sí misma, genera un cuadrado de tres pulgadas por lado, lo que se expresa por 3^2 , entonces un cuadrado de tres pulgadas por lado que se mueve de alguna manera (que no acierto a comprender) paralelamente a sí mismo, generará algo (aunque no puedo imaginarme qué), y este resultado podrá expresarse por 3^3 .»

«Vete a la cama», le dije, algo molesto por su interrupción. «Tendrías más sentido común si no dijeras cosas tan insensatas» [3].

Y así, el cuadrado, sin haber aprendido la lección de su precedente sueño, incurre en el mismo error de que había querido sacar al rey de Linelandia. Pero durante toda la tarde le sigue rondando en la cabeza la charlatanería de su nieto y al fin exclama en voz alta: «Este chico es un alcornoque. Lo aseguro; 3^3 no puede tener ninguna correspondencia en geometría.» Pero de pronto oye una voz: «El chico no tiene nada de alcornoque y es evidente que 3^3 tiene una correspondencia geométrica.» Es la voz de un extraño visitante, que afirma venir de *Espaciolandia*, de un mundo inimaginable, en el que las cosas tienen tres dimensiones. Y al igual que el cuadrado en su sueño anterior, el visitante

se esfuerza por hacerle comprender la realidad tridimensional y la limitación de Planolandia comparada con esta realidad. Del mismo modo que el cuadrado se definió ante el rey de Linelandia como una línea compuesta de muchas líneas, también ahora este visitante se define como un círculo de círculos, que en su país de origen se llama esfera. Pero naturalmente el cuadrado no puede comprenderlo, porque ve a su visitante como un círculo, aunque ciertamente dotado de muy extrañas e inexplicadas cualidades: aumenta y disminuye, se reduce a veces a un punto y hasta desaparece del todo. Con extremada paciencia le va explicando la esfera que todo esto no tiene nada de singular para él: es un número infinito de círculos, cuyo diámetro aumenta desde un punto a trece pulgadas, colocados unos encima de los otros para componer un todo. Si, por tanto, se desplaza a través de la realidad bidimensional de Planolandia, al principio es invisible para un habitante de este país, luego, apenas toca la superficie, aparece como un punto y al fin se transforma en un círculo de diámetro en constante aumento, para, a continuación, ir disminuyendo de diámetro hasta volver a desaparecer por completo (figura 14).



Esto explica también el sorprendente hecho de que la esfera pueda entrar en la casa del cuadrado aunque éste haya cerrado a ciencia y conciencia las puertas. Entra, naturalmente, por arriba. Pero el concepto de «arriba» le resulta tan extraño al cuadrado que no lo puede comprender y, en consecuencia, se niega a creerlo. Al fin, la esfera no ve ninguna otra solución más que tomar consigo al cuadrado y llevarlo a Espaciolandia: Vive así una experiencia que hoy calificaríamos de trascendental:

Un espanto indecible se apoderó de mí. Todo era oscuridad; luego, una vista terrible y mareante que nada tenía que ver con el ver; vi una línea que no era línea; un espacio que no lo era; yo era yo, pero tampoco era yo. Cuando pude recuperar el habla, grité con mortal angustia: «Esto es la locura o el infierno.» «No es ni lo uno ni lo otro.», me respondió con tranquila voz la esfera, «es saber; hay tres dimensiones; abre otra vez los ojos e intenta ver sosegadamente» [4].

A partir de este instante místico, los acontecimientos toman un rumbo tragicómico. Ebrio por la formidable experiencia de haber penetrado en una realidad totalmente nueva, el cuadrado desea explorar los misterios de mundos cada vez más elevados, de mundos de cuatro, cinco y seis dimensiones. Pero la esfera no quiere ni oír hablar de semejantes dislates: «No existe tal país. Ya la mera idea es totalmente impensable.» Pero como el cuadrado no cesa en sus deseos, la esfera, encolerizada, le devuelve a los estrechos límites de Planolandia.

En este punto, la moraleja de la historia cobra perfiles sumamente realistas. El cuadrado se siente llamado a la gloriosa y acuciante tarea de predicar en Planolandia el evangelio de las tres dimensiones. Pero cada vez le resulta más difícil despertar en sí el recuerdo de aquella realidad tridimensional que al principio tan clara e inolvidable le parecía; además, fue muy pronto encarcelado por el equivalente de la inquisición de Planolandia. Pero en vez de acabar sus días en la hoguera, es condenado a cadena perpetua y encerrado en una cárcel que Abott describe, con admirable intuición, como fiel contrapartida de ciertos establecimientos psiquiátricos de nuestros mismos días. Una vez al año, le visita en su celda el Círculo Supremo, es decir, el sumo sacerdote, para averiguar si mejora su estado de salud mental. Y cada año, el pobre cuadrado no puede resistir la tentación de intentar convencer al Círculo Supremo de que existe realmente una tercera dimensión. Pero el sacerdote menea la cabeza y desaparece hasta el año siguiente.

Lo que Planolandia presenta es simplemente la relatividad de la realidad. Y por esta razón sería deseable que los jóvenes hicieran de esta obra su libro de lectura. La historia de la humanidad enseña que apenas hay otra idea más asesina y despótica que el delirio de una realidad «real» (entendiendo, naturalmente, por tal, la de la propia opinión), con todas las terribles consecuencias que se derivan con implacable rigor lógico de este delirante punto de partida.

La capacidad de vivir con verdades relativas, con preguntas para las que no hay respuestas, con la sabiduría de no saber nada y con las paradójicas incertidumbres de la existencia, todo esto puede ser la esencia de la madurez humana y de la consiguiente tolerancia frente a los demás. Donde esta capacidad falta, nos entregaremos de nuevo, sin saberlo, al mundo del inquisidor general y viviremos la vida de rebaños, oscura e irresponsable, sólo de vez en cuando con la respiración aquejada por el humo acre de la hoguera de algún magnífico auto de fe o por el de las chimeneas de los hornos

crematorios de algún campo de exterminio.

El texto de Paul Watzlawick retoma un escrito de Edwin A. Abbott con ejemplos de la geometría nos permite entender lo relativo de la realidad que vivimos y la necesidad de ser tolerantes pero eso va a suceder cuando comprendamos que no hay una sola definición de la realidad .



Tema 1 La sociedad como realidad objetiva

Miguel Ángel Ferraro

“Somos juguetes de una ilusión que nos lleva a creer que hemos elaborado por nuestra cuenta lo que se nos impone desde afuera”.

Emile Durkheim

En esta primera parte tratamos de analizar el proceso de la construcción de la realidad. Nuestros referentes teóricos para explicar este proceso son los autores Berger y Luckmann y tomamos en cuenta su obra “La Construcción Social de la Realidad (Editorial Amorrortu, 1984)

Para los autores, la sociología del conocimiento debe ocuparse de cómo ese conocimiento interpreta y construye la realidad, fundamentalmente la realidad de los procesos de vida cotidiana.

La realidad se establece como consecuencia de un proceso dialéctico entre:

- relaciones sociales, hábitos tipificados y estructuras sociales, por un lado;
- interpretaciones simbólicas, internalización de roles y formación de identidades individuales, por otro.

El sentido y carácter de esta realidad es comprendido y explicado por medio del conocimiento.

En primer lugar, comienzan este trabajo desde una perspectiva filosófica, a través de un análisis fenomenológico de la vida cotidiana.

Los autores destacan cinco elementos fundamentales que estructuran la tríada realidad interpretada/significado subjetivo/mundo coherente:

- a) **la conciencia**, que define la intención y la búsqueda de objetos;
- b) **el mundo intersubjetivo**, que se comparte con los demás;
- c) **la temporalidad**, como carácter básico de la conciencia (orden temporal);
- d) **la interacción social**, que crea esquemas tipificadores;
- e) **el lenguaje**, como elemento clave objetivo (externo al individuo) que facilita la estructuración del conocimiento en términos de relevancia.

IDEA

Sostienen que al individuo se le impone una realidad suprema (objetiva) y que toda actividad humana está sujeta a la habituación y crea una pauta de conducta.

El hábito permite a los sujetos una economía de esfuerzos, por eso, la mayor parte de las cosas que hacemos son sin utilizar la razón. La habituación está sujeta al tiempo, a la historicidad.

En las interacciones del individuo en la sociedad, hay dos formas de relacionarse:

- **Relación cara a cara**: lo veo al otro a través de la interacción, a través de relacionarme con el.
- **Relación a través de esquemas tipificadores**: la relación está pactada desde antes o desde el principio.

A continuación, los autores entran en el análisis del proceso de construcción de la sociedad como realidad objetiva, del cual destacan dos momentos básicos: **la institucionalización y la legitimación**.

Berger y Luckmann se declaran seguidores de las teorías de Mead, y en especial de la que se

refiere a la formación del yo humano.

El ser humano se forma en interacción con su ambiente natural y el orden cultural y social. El orden social, sin embargo, no es considerado como externo e impuesto al individuo, sino que aparece a través de una relación dialéctica con éste, como producto humano. La realidad institucionalizada tiene su origen, por tanto, en la tendencia a la habituación del ser humano, tendencia que, por una parte, le facilita estabilidad y, por otra, innovación constante, pues le evita dedicar su esfuerzo a tareas triviales y repetitivas.

Esta institucionalización aparece cada vez que hay una tipificación recíproca de acciones habitualizadas por tipos de actores. Toda tipificación de esta clase es una institución.

Cuando una acción está institucionalizada está regida por ciertos límites, que pueden llegar a convertirse en una forma de control social. Toda conducta institucionalizada tiene una historicidad ⁽¹⁾.

Posteriormente, este comportamiento institucionalizado se reifica, es decir, se experimenta como una realidad objetiva, externa a la voluntad del individuo.

EN SINTESIS

En síntesis, los autores destacan tres momentos básicos en el proceso de construcción de la realidad:

- la sociedad es un producto humano;
- la sociedad es una realidad objetiva;
- el hombre es un producto social.

 Pero para que esta institucionalización se haga efectiva, es indispensable la existencia del **lenguaje**, el cual “sedimenta y objetiva las experiencias compartidas y las hace accesibles a todos los que pertenecen a la comunidad lingüística”; el lenguaje, por tanto, constituye la base más estable del conocimiento y el medio por el que él mismo se distribuye colectivamente: facilita su comprensión y asimilación.

El conocimiento, desde esta perspectiva, determina el nivel de integración existente en un orden institucional dado “constituye la dinámica motivadora del comportamiento institucionalizado, define las áreas institucionalizadas del comportamiento y designa todas las situaciones que en ellas caben”.

En este sentido, los roles aparecen como modos de conducta tipificados y, lo que quizá es más importante, como “realización de la distribución social del conocimiento”, al concentrarse en determinado tipo de roles el acceso a cierta clase de conocimiento especializado.

El conocimiento institucionalizado, pues, no se impone de igual forma sobre el conjunto de individuos; además, existe una relación dialéctica entre conocimiento y base social, lo que a menudo da lugar a diversos subuniversos de significado dentro del conjunto social.

A este respecto, es muy importante el segundo de los elementos básicos que Berger y Luckmann señalan en la construcción de la realidad objetiva:

la legitimación.

 Es el proceso de objetivación de segundo orden.

- **Explica** el orden institucional y
- **atribuye** validez cognoscitiva a sus significados objetivados en cuanto al proceso de institucionalización, dándole sentido a dicho proceso.

Es el porqué de las cosas.

Porque las cosas son como son.

También aquí el lenguaje cumple una función imprescindible: como forma de extender la comprensión y el sentido de la realidad de una manera consistente y coherente con la realidad subjetiva de los individuos, y eso tiene lugar, fundamentalmente, a través de la creación de universos simbólicos.

La institucionalización antes citada, para tener visos de permanencia, debe tener sentido, es decir poseer coherencia en sí misma; pero, además, debe tener sentido subjetivo.

EN SINTESIS

La legitimación alcanza entonces cuatro niveles distintos, que los autores categorizan así:

1) Un sistema de objetivaciones lingüísticas.

Acciones concretas (Imposiciones)

2) Propositiones teóricas en forma rudimentaria.

Teóricas Rudimentarias (Leyendas- Cuentos)

3) Teorías explícitas del orden institucional.

Trasciende lo pragmático, teoría pura (Se basa en teorías ya hechas por otros individuos – Económicas, Matemáticas, Psicológicas, etc.)

4) Universos simbólicos. Estos últimos son los que organizan coherentemente la posición que ocupa cada uno en el conjunto social, los roles a desempeñar, su propia identidad y el total de relaciones que constituyen en la vida cotidiana. Los universos simbólicos construyen, además, determinados mecanismos que garantizan su permanencia: la mitología, la teología, la filosofía y la ciencia son algunos de los más importantes, y han jugado su papel en determinados períodos históricos.

Integra Zonas de significados diferentes y abarca el orden Institucional en su totalidad simbólica Incluye zonas marginales

El poder en sí mismo, su capacidad para imponerse constituye otro mecanismo de mantenimiento; en este sentido, la ideología es para Berger y Luckmann un medio de mantenimiento que sirve a un interés de poder concreto.

Significación social de los universos simbólicos.

Las situaciones marginales de la vida del individuo también entran dentro del universo simbólico (sueños y fantasías), ya que éste las explica y justifica.

Una función legitimadora de los universos simbólicos que tiene importancia estratégica para la vida del individuo es la ubicación de la muerte (situación marginal por excelencia).

El Universo Simbólico resguarda al individuo contra el terror definitivo. Resguardan el orden institucional a la vez que la biografía individual. Ordena la historia y abarca todos los acontecimientos colectivos dentro de una unidad coherente que incluye el pasado, el presente y el futuro. Sobre el pasado, podemos hablar de una “ memoria colectiva”, y con respecto al futuro de un marco de referencia común para el mañana.

La sociedad y la biografía del individuo adquieren sentido.

Mecanismos conceptuales para el mantenimiento de los universos simbólicos.

Los procedimientos específicos para el mantenimiento de los universos se hacen necesarios cuando el universo simbólico se ha convertido en problema. Mientras esto no suceda, el universo simbólico se auto- sustenta.

Si algunos grupos de habitantes llegan a compartir versiones divergentes del universo simbólico los problemas se acentúan. En ese caso, por razones evidentes en la naturaleza de la objetivación, la versión que se desvía queda estereotipada en una realidad por derecho propio, la que, por existir

dentro de la sociedad, desafía el status de la realidad del universo simbólico tal como se constituyó originariamente.

Dichos grupos heréticos plantean no sólo una amenaza teórica para el universo simbólico, sino también una amenaza práctica para el orden institucional legitimado por el universo simbólico en cuestión. Se necesita poner en marcha diversos mecanismos conceptuales destinados a mantener el universo “ oficial” contra el desafío herético.

Mecanismos conceptuales para el mantenimiento de los universos simbólicos: mitología, teología, filosofía y ciencia.

Los universos simbólicos se mantienen a través de :

- **terapia**
- **Aniquilación.**

La **terapia** comporta la aplicación de mecanismos conceptuales para asegurarse que los desviados permanezcan dentro de las definiciones institucionalizadas de la realidad, para impedir que los “ habitantes” de un universo dado, “ emigren”, lo cual se efectúa aplicando el aparato legitimador a los “ casos” individuales. La terapia constituye un fenómeno social global. Sus ordenamientos institucionales específicos corresponden a la categoría de control social.

Como la terapia debe ocuparse de las desviaciones que se aparten de las definiciones oficiales de la realidad, tiene que desarrollar un mecanismo conceptual que de cuenta de tales desviaciones y mantenga las realidades cuestionadas. Eso requiere un cuerpo de conocimiento que incluya una teoría de la desviación, un aparato para diagnósticos y un sistema conceptual para la “ cura de almas”.

La terapia eficaz vuelve a socializar al desviado dentro de la realidad objetiva del universo simbólico de la sociedad.

La terapia utiliza un mecanismo conceptual para mantener a todos dentro del universo que se trate. La **aniquilación** utiliza un engranaje similar para liquidar conceptualmente todo lo que esté fuera de

ese universo.

Podemos hablar de una legitimación negativa. La aniquilación niega la realidad de cualquier fenómeno o interpretación de fenómenos que no encaje dentro de ese universo. Esto puede efectuarse de dos maneras:

1. Puede atribuírsele a los fenómenos de desviación un status ontológico negativo o inferior, y por lo tanto un status cognoscitivo carente de seriedad. Considerando todas las definiciones y fenómenos que existen fuera del universo simbólico como menos que humanos, desorientadas con respecto al orden justo de las cosas. Se los descalifica, se los trata como no humanos, descalifica su universo simbólico. Los descalifico conceptualmente, no los trato de integrar.
2. La aniquilación involucra el intento más ambicioso de explicar todas las definiciones desviadas de la realidad según conceptos que pertenecen al universo propio. Las concepciones desviadas no sólo reciben un status negativo, sino que se abordan teóricamente en detalle. La meta final e este procedimiento consiste en incorporar las concepciones desviadas dentro del universo propio y así liquidarlas definitivamente.

Tanto las aplicaciones terapéuticas y aniquiladoras de los mecanismos conceptuales son inherentes al universo simbólico en cuanto tal.



Tema 2 Miguel Angel Ferraro: "La sociedad como realidad subjetiva"

2.1 La socialización primaria

El individuo no nace miembro de una sociedad, nace con una predisposición hacia la sociabilidad, y luego llega a ser miembro de una sociedad. El individuo es inducido a participar en lo dialéctico de la sociedad.

El punto de partida de este proceso lo constituye **la internalización**: la *aprehensión o interpretación inmediata* de un acontecimiento objetivo en cuanto expresa significado, o sea, en cuanto es una manifestación de los procesos subjetivos de otro, que en consecuencia, se vuelven subjetivamente significativos para mí.

Esta aprehensión no resulta de las creaciones autónomas, sino que resulta cuando el individuo “asume” el mundo en el que ya viven otros. En la forma compleja de la internalización, yo no solo “comprendo” los procesos subjetivos momentáneos del otro: “comprendo” el mundo en que él vive y ese mundo se vuelve mío. No solo vivimos en el mismo mundo, sino que participamos cada uno en el ser del otro. Solamente cuando el individuo ha llegado a este grado de internalización puede considerárselo miembro de la sociedad.

DEFINICION

El proceso por el cual esto se realiza se denomina socialización y puede definirse: como la inducción amplia y coherente de un individuo en el mundo objetivo de una sociedad o en un sector de él.

La **socialización primaria** es la más importante para el individuo y la estructura básica de toda **socialización secundaria** debe semejarse a la de la primaria. Comporta algo más que un aprendizaje puramente cognoscitivo, se efectúa en circunstancias de enorme carga emocional.

En esta etapa no existe ningún problema de identificación, ninguna elección de otros significantes. La sociedad presenta al candidato a la socialización ante un grupo predefinido de otros significantes (en la socialización primaria este grupo es la familia) a los que debe aceptar en cuanto tales, sin posibilidades de optar por otro arreglo. Hay que aceptar a los padres que el destino nos ha deparado.

Como el niño no interviene en la elección de sus otros significantes, se identifica con ellos casi automáticamente, el niño no internaliza el mundo de sus otros significantes como uno de los tantos

posibles: lo internaliza como *el mundo*, el único que existe y que se puede concebir.

👉 Por esta razón, el mundo internalizado se implanta en la conciencia con mucha más firmeza que los mundos internalizados en socializaciones secundarias.

Uno de los contenidos específicos que se internalizan en la socialización primaria es *el lenguaje*.

En la socialización primaria se construye el primer mundo del individuo, comporta secuencias de aprendizaje socialmente definidas. El niño a determinada edad debe dejar los pañales, caminar, comer solo, etc. El cumplimiento de estas etapas tiene un reconocimiento social.

Se crea en la conciencia del niño una abstracción progresiva que va:

- desde los roles y actitudes de otros específicos,
- a los roles y actitudes en general.

En la internalización de normas existe una progresión que va desde “Mamá está enojada conmigo ahora” hasta “Mamá se enoja conmigo cada vez que derramo la sopa”. A medida que otros apoyan la actitud negativa de la madre, la generalidad de la norma se extiende subjetivamente.



Cuando el niño reconoce que todos se oponen a que derrame la sopa, la norma se generaliza como “**Uno no debe derramar la sopa**”, en la que “uno” es él mismo como parte de la generalidad que incluye todo aquello de la sociedad resulta significativo para el niño.

La abstracción de los “roles” y actitudes de otros significantes concretos se denomina **el otro generalizado**. Su formación dentro de la conciencia significa que ahora el individuo se identifica no solo con otros significantes, sino con una generalidad de otros, o sea una sociedad. Saca una regla general de una serie de acciones.

Finaliza este proceso, cuando el niño dice yo no debo hacer eso porque los nenes buenos no lo hacen.

La socialización primaria finaliza cuando el concepto del otro generalizado se ha establecido en la conciencia del individuo.

Ahora el individuo se identifica no sólo con otros concretos sino con una generalidad de otros, o sea, con una sociedad.

El lenguaje es el vehículo de este proceso continuo de traducción.

A esta altura ya es miembro efectivo de la sociedad y está en posesión subjetiva de un yo y un mundo. Pero esta internalización de la sociedad, la identidad y la realidad no se resuelven así como así. La socialización nunca es total y nunca termina.

Observaciones Sobre la Socialización Primaria

- Es inevitable; Marca la identidad del individuo, se aprehende desde la mirada de los otros.
- Establece la ubicación social del individuo (el niño es lo que lo llaman).
- Se caracteriza por tener una fuerte carga afectiva.
- Aprehensión del mundo que lo rodea, internaliza el mundo objetivo.
- El espacio social en donde transcurre este periodo es la familia.
- Tiene etapas, es similar a un programa a cumplir, si se cumple tiene reconocimiento social.

- El niño incorpora roles y actitudes sociales y los toma como propios.

2.2 Identidad

El individuo acepta los roles y las actitudes de otros y también su mundo. Y por esta identificación se vuelve capaz de identificarse a él mismo. Este proceso entraña una dialéctica entre la auto-identificación y la identificación que hacen los otros, entre la identidad objetivamente atribuida y la que es subjetivamente asumida.

La identidad se define objetivamente como ubicación en un mundo determinado y puede asumírsela subjetivamente solo junto con ese mundo.

Lo que más importa para nuestra argumentación, es el hecho de que el individuo no sólo acepta los “roles” y las actitudes de otros, sino que en el mismo proceso acepta el mundo de ellos.

EN SINTESIS

Todas las identificaciones se realizan dentro de horizontes que implican un mundo social específico.

- El niño aprende que él es lo que lo llaman. La identidad se adquiere a través de los otros significantes.
- Cada nombre implica una nomenclatura, que a su vez implica una ubicación social determinada.
- Recibir una identidad comporta adjudicarnos un lugar específico en el mundo.



- Realice un análisis del siguiente relato relacionando con la socialización primaria.

“En un experimento se observó a cinco madres jóvenes interactuando con una niña de seis meses llamada María. Le solían sonreír continuamente y le daban muñecas para que jugase. Decían que era dulce, encantadora y que tenía un llanto suave. La reacción de un segundo grupo de madres con un niño de la misma edad llamado Ignacio fue notoriamente diferente. Le solían ofrecer un tren u otro juguete masculino para que jugase. Lo describían como robusto, guapo y fuerte. María e Ignacio eran de hecho el mismo bebe, vestido de diferentes maneras.”

Análisis del Ejemplo

Las madres tiene un esquema tipificador de niño/a, que responde a determinadas características sociales y culturales. Las cuestiones que las llevan a identificarlo como niño o niña se corresponden con pautas culturales como la forma de vestirlo, y adjetivos y formas de actuar por las que se reconocen a una niña (dulce, encantadora, de llanto suave) o a un niño (robusto, guapo y fuerte). Si persiste esta situación, y en el supuesto de que se mantuviese en el tiempo la confusión sobre el sexo del niño, la actitud de los otros significantes (que en este caso son el grupo de madres) puede llevar a que internalice el mundo que el grupo de madres le ofrecen como el propio, adoptando comportamientos que lo lleven a cumplir roles determinados. Forma en su conciencia el otro generalizado, identificándose con una generalidad de otros, con una sociedad.

Si el niño acepta los roles y las actitudes de otros significantes y también su mundo, se vuelve capaz de identificarse a si mismo. Es la relación entre la auto-identificación y la identificación que hacen los otros, asumiendo una ubicación en un mundo determinado. El niño acepta los roles, y las actitudes y el mundo de otros; aprende que es lo que lo llaman los otros significantes, recibe un nombre que implica una nomenclatura y una ubicación social determinada y se adjudica un lugar específico en el mundo al momento de recibir una identidad.

2.3 Socialización Secundaria

DEFINICION

La **socialización secundaria** es la adquisición del conocimiento específico de roles (comportamientos rutinarios dentro de un área institucional), estando éstos directa o indirectamente arraigados en la división del trabajo. Al mismo tiempo los “submundos” internalizados en la socialización secundaria son generalmente realidades parciales que contrastan con el “mundo de base” adquirido en la socialización primaria.

IDEA

Existe una gran variabilidad histórico-social en las representaciones que comporta la socialización secundaria. Los procesos formales de ésta presuponen un proceso previo de socialización primaria. Debe tratar con un yo formado con anterioridad y con un mundo ya internalizado. Existe un problema de coherencia entre las internalizaciones originales y las nuevas.

Se necesitan fuertes impactos biológicos para poder desintegrar la realidad masiva internalizada en la primera infancia, pero éstos pueden ser mucho menores para poder destruir las realidades internalizadas más tarde.

La realidad original de la niñez es el hogar y se plantea naturalmente y, en comparación con ella, todas las realidades posteriores son artificiales. Así pues, el maestro de escuela trata de hacer familiares los contenidos que imparte, haciendo que resulten tan llenos de vida como el mundo hogareño del niño, vinculándolos con las estructuras de relevancia ya presentes en el mundo hogareño, induciendo a la atención del niño a separarse de sus objetos naturales para fijarse en

estos más artificiales.

Los “roles” están directa o indirectamente relacionados con la división del trabajo. La socialización secundaria requiere la adquisición de vocabularios específicos de “roles”. Los procesos formales de la socialización secundaria se determinan por un problema fundamental: siempre presupone un proceso previo de socialización primaria; o sea que debe tratar con un yo formado con anterioridad y con un mundo ya internalizado.

 Esto presenta un problema porque la realidad ya internalizada tiende a persistir. Existe un problema de coherencia entre las internalizaciones originales y las nuevas.

El acento de realidad del conocimiento internalizado en la socialización primaria se da casi automáticamente; en la socialización secundaria debe ser reforzado por técnicas pedagógicas específicas, debe hacérselo sentir al individuo como algo familiar.

Observaciones Sobre la Socialización Secundaria

- Es la adquisición de conocimiento específico de roles.
- Proceso más artificial, se necesitan técnicas pedagógicas.
- No hay relación afectiva, hay anonimato.
- Es necesario e imprescindible para seguir siendo miembro de la sociedad

2.3.1 Mantenimiento y Transformación de la realidad subjetiva

La socialización primaria internaliza una realidad apprehendida como inevitable. Esta internalización puede considerarse lograda sí el sentido de inevitabilidad se halla presente casi todo el tiempo, al menos, mientras el individuo está en actividad en el mundo de la vida cotidiana.

Es conveniente distinguir dos tipos generales de mantenimiento de la realidad: mantenimiento de rutina y mantenimiento de crisis.

- **El primero** está destinado a mantener la realidad internalizada en la vida cotidiana y
- **el segundo** en las situaciones de crisis.

La realidad de la vida cotidiana se mantiene porque se concreta en rutinas, lo que constituye la esencia de la institucionalización. La realidad de la vida cotidiana se reafirma continuamente en la interacción del individuo con los otros.

- **Los otros significantes** constituyen, en la vida del individuo, los agentes principales para el mantenimiento de su realidad subjetiva.
- **Los otros menos significantes** funcionan como una especie de coro.

Resulta muy posible que exista cierto desacuerdo entre estas personas. En ese caso el individuo se halla frente a un problema de coherencia que puede resolver modificando su realidad o renovando sus relaciones para el mantenimiento de aquella. (Tiene la alternativa de aceptar su identidad como fracasado, o de despedir a su secretaria o divorciarse de su esposa).

El vehículo más importante del mantenimiento de la realidad es el diálogo.

El diálogo cotidiano mantiene la realidad subjetiva, esta última adquiere solidez por la acumulación y la coherencia del diálogo casual, diálogo que puede permitirse ser casual precisamente porque se refiere a las rutinas de un mundo y se da por establecido.

El lenguaje objetiviza el mundo. El diálogo es la actualización de esta eficacia realizadora del lenguaje en las situaciones “cara a cara” de la existencia individual.

Para poder mantener eficazmente la realidad subjetiva, el aparato conversacional debe ser continuo y coherente. La frecuencia del diálogo realza el poder de éste como productor de realidad; pero la falta de frecuencia puede, a veces, compensarse con la intensidad del diálogo (podemos ver al ser amado una sola vez al mes, pero el diálogo que se produce tiene una intensidad suficiente para suplir su falta relativa de frecuencia).

La realidad subjetiva siempre depende de la base social específica y de los procesos sociales requeridos para su mantenimiento.

Es verdad que un individuo suele recordar las realidades de su pasado; pero la manera de “refrescar” esos recuerdos es dialogar con quienes comparte su relevancia.

En situaciones de crisis se utilizan los mismo procedimientos que para el mantenimiento de rutinas, excepto que las confirmaciones de la realidad tienen que ser explícitas e intensivas.

Con frecuencia se ponen en juego técnicas de ritual. Si bien el individuo puede improvisar procedimientos para mantener la realidad frente a una crisis, la sociedad establece procedimientos para situaciones que presenten reconocido riesgo de una ruptura con la realidad (muerte).

Todo lo dicho hasta ahora sobre la socialización implica la posibilidad de que la realidad subjetiva pueda transformarse.

Proceso de Alternación

Como dijimos la socialización implica la posibilidad de que la realidad subjetiva pueda transformarse. Vivir en sociedad comporta un proceso continuo de modificación de la realidad subjetiva. Hablar de transformaciones implica examinar los diferentes grados de modificación.

La realidad subjetiva nunca se socializa totalmente, sin embargo, hay ejemplos de transformaciones que parecen totales y las llamaremos alternaciones. La alternación requiere procesos de re-socialización, que se asemejan a la socialización primaria porque tienen que volver a atribuir acentos de realidad y deben reproducir la identificación con los elencos socializadores, que era característica de la niñez. Una receta para lograr la alternación tiene que disponer de una base social que sirva como laboratorio de transformación. La estructura de plausibilidad debe convertirse en el mundo del individuo, desplazando a todos los demás mundos, especialmente a aquel en que el individuo habitaba antes de su alternación. Una vez que la nueva realidad ha quedado fija, pueden entablarse nuevamente relaciones con extraños, aunque aquellos que solían ser biográficamente significantes todavía constituyen un peligro. Las personas y las ideas que discrepen con las nuevas definiciones de la realidad deben evitarse sistemáticamente.

El requisito más importante para la alternación consiste en disponer de un aparato legitimador para toda la serie de transformaciones. Deben legitimarse las etapas por las que ésta se asume y se mantiene, como también el abandono o repudio de todas las realidades que se den como alternativa. La biografía anterior a la alternación se elimina colocándola dentro de una categoría negativa, produciendo nuevas interpretaciones de hechos y personas del pasado. Como no puede olvidar por completo, el individuo quita o inserta hechos donde quiera que se necesiten para armonizar el pasado que se recuerda con el que se re-interpreta. La base de realidad para la re-socialización es el presente, en tanto que para la socialización secundaria es el pasado.

El ejemplo mas claro para ver la alternación es la conversión religiosa.

El individuo alternalizado se desafilia de su mundo anterior y de la estructura de plausibilidad que lo sustentaba, si es posible, corporalmente, o si no, mentalmente. En cualquiera de los dos casos, ya no puede seguir “uncido con incrédulos” y por lo tanto hay que protegerlo contra la influencia potencialmente destructora de la realidad.

La alternación comporta una reorganización del aparato conversacional.

En la re- socialización el pasado se re- interpreta conforme con la realidad presente, con tendencia a re proyectar al pasado diversos elementos, que, en ese entonces, no estaban subjetivamente disponibles.

En la socialización secundaria el presente se interpreta de modo que se halle en relación continua con el pasado, con tendencia a minimizar aquellas transformaciones que se hayan efectuado realmente.

Observaciones Sobre la Alternación

- Es una ruptura de la socialización primaria y secundaria y requiere procesos de re- socialización.
- Continuidad de la socialización primaria y secundaria; la alternación es ruptura entre ambos.
- Ejemplo: religión; reinterpreta toda su vida desde el presente

Socialización Exitosa y Deficiente

DEFINICION

La socialización exitosa es el establecimiento de un alto grado de simetría entre la realidad objetiva (social) y la subjetiva (individuo) y la socialización deficiente es la asimetría entre la realidad objetiva y la subjetiva.

■ **El éxito máximo de la socialización probablemente se obtenga en las sociedades que poseen una división del trabajo sencilla y una mínima distribución del conocimiento.** La socialización en esas condiciones produce identidades socialmente predefinidas. Todos en gran medida son lo que se supone que sean. En una sociedad de esta clase todos saben quien es cada uno y quienes son los otros. En tales condiciones la socialización deficiente ocurre sólo como resultado de accidentes biológicos o sociales. El cojo y el bastardo constituyen prototipos de estos dos casos. Están estigmatizados, es decir, predefinidos por la sociedad.

■ **La socialización deficiente puede ser resultado de la heterogeneidad en los elencos socializadores.** Por ejemplo, pueden existir situaciones en la que todos los significantes de la socialización primaria mediatizan una realidad común. Un niño puede ser educado por sus padres y por un tutor reclutado de una sub-sociedad étnica y o de clase. Cuando los mundos discrepantes se mediatizan en la socialización primaria, al individuo se le presenta una elección entre identidades perfiladas. Puede convertirse en un hombre como lo concibe la raza A o como lo concibe la raza B. Aquí es donde aparece la posibilidad de una identidad oculta. Discrepancias similares se producen entre los procesos de socialización en la familia y en el grupo de pares. Tales situaciones producen conflictos internos de culpa.

Todos los hombres, una vez socializados, resultan “traidores a si mismos”. El problema interno de esa traición se vuelve mucho más complicado si lleva apareado el problema adicional de cuál de sus “yo” es el traicionado en un momento dado, problema que se plantea tan pronto como la identificación con otros significantes diferentes incluye a otros generalizados diferentes. En cada

traición existe una concomitante “traición a sí mismo” en cuanto se ha identificado con los dos mundos discrepantes.

La posibilidad de individualismo se vincula directamente con una socialización deficiente. El individualista surge como un tipo social específico que tiene al menos el potencial para peregrinar entre la cantidad de mundos disponibles y que, deliberada o conscientemente, se ha fabricado un yo con el “material” proporcionado por la cantidad de identidades disponibles.

■ **Cuando existen discrepancias entre la socialización primaria y la secundaria puede darse la socialización deficiente.** La unidad de la socialización primaria se mantiene, pero en la secundaria las realidades e identidades que se dan como alternativas aparecen como opciones subjetivas. Las opciones están limitadas por el contexto social del individuo.

Por ejemplo, un individuo quiere ser caballero, pero por su posición social esta ambición es absurda. La identidad subjetivamente elegida se convierte en una identidad fantástica. En la socialización secundaria los individuos pueden internalizar realidades diferentes sin identificarse con ellas, esta se denomina “alternación fría”.

En este caso la socialización deficiente debe entenderse en razón de la asimetría existente entre la realidad objetiva y subjetiva. Discrepancia entre la socialización primaria y la secundaria.



ACTIVIDAD 2

A partir de la lectura del siguiente texto:

- Relacione con los textos “¿Es natural todo lo que hacemos en nuestra vida cotidiana?” y “La realidad cotidiana”:

“A las esposas les diré por conclusión, que una mujer cuando se irrita se muda de sexo; y que las mujeres nunca son más fuerte que cuando se arman con su debilidad. Dice un refrán que triste es la casa donde la gallina canta, y el gallo calla; pero cuando el gallo no sabe cantar, cuando el hombre no está a la altura de su misión de su esposo y de jefe de familia, le falta capacidad o entereza, puede muy bien la esposa, si tiene las dotes correspondientes, arrogarse algunas facultades y suplir con su prudencia, dulzura y discreción las cualidades que carezca el marido.

En el seno de la familia, como en toda sociedad y en toda nación, quien más sabe más puede, y la dirección toca de derecho al más inteligente. Así pues, si es verdad que generalmente el hombre hace a la mujer, cierto es también que en algunos casos la mujer puede hacer al hombre. Digo en algunos casos, porque la regla general es que la mujer esté sometida al varón. (Se lee muy bien en el capítulo III, V. 16, del Génesis). En su epístola primera a los Corintios, dice San Pablo que el varón es la cabeza de la mujer.” Dr. F. Monlau “Higiene del Matrimonio Editorial Garnier 1901

El texto del Dr. Monlau se puede relacionar con lo que Durkheim llama hecho social “ *toda manera de hacer, fijada o no, susceptible de ejercer sobre el individuo una coacción exterior; o bien: Que es general en el conjunto de una sociedad, conservando una existencia propia, independiente de sus manifestaciones individuales*” podemos decir que la definición de mujer en la época que escribe es un “hecho social”.

Desde la perspectiva de Berger y Luckmann podemos relacionar como se construye la identidad y como legitima el autor el rol de la mujer podemos ver que utiliza tres niveles de legitimación el 2º nivel utiliza un refrán, el 3º nivel, si tenemos en cuenta que escribe es un medico justifica el rol de la mujer a través de una teoría específica la medicina y el 4º nivel por la religión, en este caso particular una cita de la Biblia.

Si analizamos este texto utilizando la imaginación sociológica podemos entender al autor como

esta influido por el contexto histórico de principio de siglo, donde el rol de la mujer era más “conservador” de lo que es en la actualidad.

Socialización Primaria y Secundaria

CUADRO-COMPARATIVO

SOCIALIZACION PRIMARIA	SOCIALIZACION SECUNDARIA
<p>Es la primera por la que el individuo atraviesa en la niñez</p> <p>Por ello el niño se convierte en miembro de la sociedad.</p> <p>Es la más importante para el individuo</p> <p>Se efectúa en circunstancias de enorme carga emocional.</p> <p>El YO es una entidad reflejada, que refleja las actitudes que primeramente adoptaron para con él los otros significantes.</p> <p>Crea en la conciencia del niño una abstracción progresiva que va de los “roles” de otros a los “roles” y actitudes en general.</p> <p>Se forma el OTRO GENERALIZADO.</p> <p>LENGUAJE: *Es el contenido e instrumento más importante de la socialización.</p> <p>Es lo que debe internalizarse por sobre todo.</p> <p>No existe problema de identificación: el niño internaliza el mundo de sus significantes como</p>	<p>Es cualquier proceso posterior que induce al individuo ya socializado a nuevos sectores del mundo objetivo de su sociedad.</p> <p>Su estructura básica debe semejarse a la primaria.</p> <p>Se convierte en necesidad al plantearse la “división del trabajo” y la “distribución del conocimiento” dentro de una sociedad.</p> <p>Es una internalización de SUB-MUNDOS institucionales.</p> <p>Su alcance y carácter se determinan por la complejidad de la división del trabajo y la distribución social del conocimiento.</p> <p>Es la adquisición de conocimientos específicos de “roles”.</p> <p>Requiere la adquisición de vocabularios específicos de “roles”, internalización de campos semánticos.</p> <p>Los SUB-MUNDOS son realidades parciales</p>

“EL” mundo.

Este mundo se implanta en la conciencia con más firmeza que los internalizados en las secundarias.

Los contenidos específicos varían de una sociedad a otra.

Se internalizan los rudimentos del aparato legitimador.

Se construye el PRIMER MUNDO del individuo: este mundo es indudablemente real.

Se producen algunas crisis al descubrirse que el mundo de los propios padres NO es el único que existe.

El acento de realidad del conocimiento internalizado se da casi automáticamente.

La realidad original de la niñez es el “hogar” y se da “naturalmente”.

Finaliza cuando el concepto del otro generalizado se ha establecido en la conciencia del individuo.

que contrastan con el mundo base (socialización primaria).

Constituyen realidades coherentes caracterizadas por componentes normativos y afectivos.

También requieren los rudimentos de un aparato legitimador.

Su carácter depende del STATUS del cuerpo de conocimiento de que se trate dentro del universo simbólico.

Presupone un proceso de socialización primaria previa. Esto presenta el problema de coherencia entre las internalizaciones originales y las nuevas.

Las limitaciones biológicas son menos importantes.

Esta socialización puede prescindir de la identificación con carga emocional.

Se aprehende el contexto institucional.

Los “roles” comportan un alto grado de anonimato. No hay “significantes” sino funcionarios institucionales con la tarea de transmitir conocimiento específico.

Al contenido se le atribuye una inevitabilidad subjetiva mucho menor que en la primaria.

El acento de realidad de conocimiento internalizado debe ser reforzado por técnicas pedagógicas específicas.

Todas las realidades son “artificiales”.

Los procesos de esta socialización permiten aprender secuencias racional y

emocionalmente controladas.

Poseen una realidad subjetiva frágil.

Un ejemplo inmejorable de este tipo de socialización es el desenvolvimiento de la Educación Formal.



Tema 3 La imaginación sociológica

Charles Wright Mills nació en Waco, Texas, en 1916 y murió en Nyack, Nueva York, en un accidente automovilístico en 1962, a la temprana edad de 46 años. En su breve carrera como sociólogo (se doctoró en la Universidad de Wisconsin en Sociología y Antropología, en 1941) escribió mucho y bien sobre la sociedad norteamericana y sus problemas: El poder de los sindicatos (1948), Las clases medias en Norteamérica (1951), Carácter y Estructura social (1953, en colaboración con H. Gerth), La elite del poder (1956), La imaginación sociológica (1959), Escucha Yanki (1960) y Poder, política, pueblo (publicada en 1963).

Su obra sigue siendo actual, muestra un camino posible a la ciencia social, investigando los hechos contemporáneos que interesan a todos los ciudadanos y tomando una postura crítica, independiente de los grandes centros de poder.

 Según este autor, la sociología suele ser vista como un campo donde únicamente se estudian las opiniones de los votantes o las preferencias de los consumidores en el momento de comprar un detergente. Obviamente no despreciamos estos estudios pero nos parece que se ha transformado un águila en un mosquito. Existe una tradición de discusión, de indagación en los grandes problemas contemporáneos que es propia de la Sociología. Marx, Weber, Durkheim no son sólo autores clásicos para estudiar en la universidad.

Hoy en día los datos suministrados y la información dominan por completo el ambiente social, pero

no sólo de datos vive el hombre. Es necesario que éste los asimile y en ese proceso despliega grandes destrezas intelectuales, cualidades morales que le ayuden a usar esa información y a desarrollar la razón para conseguir recapitulaciones lúcidas de lo que ocurre en el mundo y lo que le ocurre a sí mismo. Lo que la sociedad en general espera que se produzca en este proceso es lo que la sociología da por llamar *imaginación sociológica*.

La imaginación sociológica **permite** a su poseedor comprender el escenario histórico más amplio en cuanto a su significado para la vida interior y para la trayectoria exterior de diversidad de individuos.

Permite tener en cuenta cómo los individuos asimilan una falsa posición social debido a las experiencias cotidianas de las que forman parte, captando la historia y la biografía y la relación de las mismas dentro del ámbito social al que pertenece. Es esta su tarea principal.

La imaginación sociológica es la capacidad de pasar de una perspectiva a otra: de las transformaciones más impersonales y remotas a las características más íntimas del *yo humano*.

- Es observar la biografía desde el contexto histórico en el cual se enmarca, dado el condicionamiento que el ser humano sufre a través de su entorno; es asimilar que nuestra vida se encuentra en un espacio social que determinará (conciente e inconscientemente) nuestras conductas.
- Es una cualidad mental que parece prometer de la manera más dramática la comparación de nuestras propias realidades íntimas en relación con las más amplias realidades sociales.

Lo que caracteriza a la imaginación sociológica es la capacidad de distinguir entre las *inquietudes personales* del medio y los *problemas públicos* de la estructura social, hecho que es una característica indiscutible de las ciencias sociales.

La diferencia reside en que una inquietud es un asunto privado, que refiere a cuestionamientos con los valores propios del individuo que se encuentran amenazados; y un problema es de características públicas, el valor amenazado ya no afecta a un individuo sino a un grupo social, puesto que el valor afectado surge y es adoptado por ese grupo. Por esta razón, los problemas

suelen devenir en crisis que afectan a las instituciones, creando lo que los marxistas llaman contradicciones o ambivalencias.



El ejemplo más claro de cómo los problemas afectan a las instituciones recae en la institución del matrimonio. Tanto el hombre como la mujer pueden experimentar ciertas inquietudes durante el matrimonio, pero si las estadísticas indican que un 25% de los matrimonios actuales no superan los 4 años de casados, esto supone una crisis dentro de la institución, probablemente por no contar con una estructura firme y que afecta no sólo al matrimonio sino a instituciones ancestrales como la familia.

En términos sociológicos, los valores que se ven afectados tanto en un proceso problemático como en una situación de inquietud, son valores que pueden tanto agradar o no a un individuo. Es en este punto donde la imaginación sociológica construye cinco conceptos básicos que definirán el sentimiento del ser humano ante una inquietud o un problema. Existen en los individuos valores que cuentan con mayor o menor rango dentro de una escala.

Si el individuo sintiera que sus valores más apreciados no están amenazados, experimentaría la sensación de bienestar, si estos valores, tan apreciados, se ven amenazados, la situación le generaría pánico. Si el individuo no sintiera afecto alguno sobre sus valores, y tampoco advirtiera una amenaza sobre ellos, es lo que la sociología denomina como sentimiento de indiferencia, que al extenderse hacia el resto de los valores se convierte en apatía. Por último, cuando una persona no estima ningún valor, pero presiente una amenaza aguda sobre ellos el sentimiento se convierte en malestar.



Por ejemplo, es posible señalar que la Argentina hoy por hoy enfrenta un problema de malestar y de apatía. Este sentimiento de malestar (que deviene directamente de las inquietudes personales) y la apatía (generada particularmente por los problemas sociales) que se viven, distingue a las sociedades contemporáneas, y el sociólogo encuentra como tarea, poder reconocer aquellos elementos que contribuyen al aumento de estos sentimientos.



A partir de la lectura del siguiente texto:

- Realice un análisis del siguiente relato utilizando el material de la Unidad 1.

Gabriel García Márquez (Aracata, Colombia 1928—).

Sólo vine a hablar por teléfono

Una tarde de lluvias primaverales, cuando viajaba sola hacia Barcelona conduciendo un automóvil alquilado, María de la Luz Cervantes sufrió una avería en el desierto de los Monegros. Era una mexicana de veintisiete años, bonita y seria, que años antes había tenido un cierto nombre como actriz de variedades. Estaba casada con un prestidigitador de salón, con quien iba a reunirse aquel día después de visitar a unos parientes en Zaragoza. Al cabo de una hora de señas desesperadas a los automóviles y camiones de carga que pasaban raudos en la tormenta, el conductor de un autobús destartado se compadeció de ella. Le advirtió, eso sí, que no iba lejos.

—No importa— dijo María—. Lo único que necesito es un teléfono.

Era cierto, y sólo lo necesitaba para prevenir a su marido de que no llegaría antes de las siete de la noche. Parecía un pajarito ensopado, con un abrigo de estudiante y los zapatos de playa en abril, y estaba tan aturdida por el percance que olvidó llevarse las llaves del automóvil. Una mujer que viajaba junto al conductor, de aspecto militar pero de maneras dulces, le dio una toalla y una manta, y le hizo un sitio a su lado. Después de secarse a medias, María se sentó, se envolvió en la manta, y trató de encender un cigarrillo, pero los fósforos estaban mojados. La vecina de asiento le dio fuego y le pidió un cigarrillo de los pocos que quedaban secos. Mientras fumaban, María cedió a las ansias de desahogarse, y su voz resonó más que la lluvia y el traqueteo del autobús. La mujer la interrumpió con el índice en los labios.

—Están dormidas— murmuró.

María miró por encima del hombro, y vio que el autobús estaba ocupado por mujeres de edades inciertas y condiciones distintas, que dormían arropadas con mantas iguales a la suya. Contagiada de su placidez, María se enroscó en el asiento y se abandonó al rumor de la lluvia. Cuando despertó era de noche y el aguacero se había disuelto en un sereno helado. No tenía la menor idea de cuánto tiempo había dormido ni en qué lugar del mundo se encontraban. Su vecina de asiento tenía una actitud alerta.

—¿Dónde estamos?— le pregunto María.

—Hemos llegado— contestó la mujer.

El autobús estaba entrando en el patio empedrado de un edificio enorme y sombrío que parecía un viejo convento en un bosque de árboles colosales. Las pasajeras, alumbradas apenas por un farol del patio, permanecieron inmóviles hasta que la mujer de aspecto militar las hizo descender con un sistema de órdenes primarias, como en un parvulario. Todas eran mayores, y se movían con tal parsimonia en la penumbra del patio que parecían imágenes de un sueño. María, la última en descender, pensó que eran monjas. Lo pensó menos cuando vio a varias mujeres de uniforme que las recibieron en la puerta del autobús, y les cubrían la cabeza con las mantas para que no se mojaran, y las ponían en fila india, dirigiéndolas sin hablarles, con palmadas rítmicas y perentorias. Después de despedirse de su vecina de asiento María quiso devolverle la manta, pero ella le dijo que se cubriera la cabeza para atravesar el patio y la devolviera en la portería.

—¿Habrá un teléfono?— le preguntó María.

—Por supuesto— dijo la mujer—. Ahí mismo le indican.

Le pidió a María otro cigarrillo, y ella le dio el resto del paquete mojado. "En el camino se secan" le dijo. La mujer le hizo un adiós con la mano desde el estribo, y casi le gritó: "Buena suerte". El autobús arrancó sin darle tiempo de más.

María empezó a correr hacia la entrada del edificio. Una guardiana trató de detenerla con una palmada enérgica, pero tuvo que apelar a un grito imperioso: "¡Alto, he dicho!". María miró por

debajo de la manta, y vio unos ojos de hielo y un índice inapelable que le indicó la fila. Obedeció. Ya en el zaguán del edificio se separó del grupo y preguntó al portero dónde había un teléfono. Una de las guardianas la hizo volver a la fila con palmaditas en la espalda, mientras le decía con modos muy dulces:

—Por aquí, guapa, por aquí hay un teléfono.

María siguió con las otras mujeres por un corredor tenebroso, y al final, entró en un dormitorio colectivo donde las guardianas recogieron las cobijas y empezaron a repartir las camas. Una mujer distinta, que a María le pareció más humana y de jerarquía más alta, recorrió la fila comparando una lista con los nombres que las recién llegadas tenían escritos en un cartón cosido en el corpiño. Cuando llegó frente a María se sorprendió de que no llevara su identificación.

—Es que sólo vine a hablar por teléfono— le dijo María.

Le explicó a toda prisa que su automóvil se había descompuesto en la carretera. El marido, que era mago de fiestas, estaba esperándola en Barcelona para cumplir tres compromisos hasta la media noche, y quería avisarle que no estaría a tiempo para acompañarlo. Iban a ser las siete. Él debía salir de la casa dentro de diez minutos, y ella temía que cancelara todo por su demora. La guardiana pareció escucharla con atención.

—¿Cómo te llamas?— le preguntó.

María le dijo su nombre con un suspiro de alivio, pero la mujer no lo encontró después de repasar la lista varias veces. Se lo preguntó alarmada a una guardiana, y ésta, sin nada que decir, se encogió de hombros.

—Es que sólo vine a hablar por teléfono— dijo María.

—De acuerdo, maja —le dijo la superiora, llevándola hacia su cama con una dulzura demasiado ostensible para ser real—, si te portas bien podrás hablar por teléfono con quien quieras. Pero ahora no, mañana.

Algo sucedió entonces en la mente de María que le hizo entender por qué las mujeres del autobús se movían como en el fondo de un acuario. En realidad, estaban apaciguadas con sedantes, y aquel palacio el sombras, con gruesos muros de cantería y escaleras heladas, era en realidad un hospital de enfermas mentales. Asustada, escapó corriendo del dormitorio, y antes de llegar al portón una guardiana gigantesca con un mameluco de mecánico la atrapó de un zarpazo y la inmovilizó en el suelo con una llave maestra. María la miró de través paralizada por el terror.

—Por el amor de Dios— dijo—. Le juro por mi madre muerta que sólo vine a hablar por teléfono.

Le bastó con verle la cara para saber que no había súplica posible ante aquella energúmena de mameluco a quien llamaban Herculina por su fuerza descomunal. Era la encargada de los casos difíciles, y dos reclusas habían muerto estranguladas con su brazo de oso polar adiestrado en el arte de matar por descuido. El primer caso se resolvió como un accidente comprobado. El segundo fue menos claro, y Herculina fue amonestada y advertida de que la próxima vez sería investigada a fondo. La versión corriente era que aquella oveja descarriada de una familia de apellidos grandes tenía una turbia carrera de accidentes dudosos en varios manicomios de España.

Para que María durmiera la primera noche, tuvieron que inyectarle un somnífero. Antes del amanecer, cuando la despertaron las ansias de fumar, estaba amarrada por las muñecas y los tobillos en las barras de la cama. Nadie acudió a sus gritos. Por la mañana, mientras el marido no encontraba en Barcelona ninguna pista de su paradero, tuvieron que llevarla a la enfermería, pues la encontraron sin sentido en un pantano de sus propias miserias.

No supo cuánto tiempo había pasado cuando volvió en sí. Pero entonces, el mundo era un remanso de amor, y estaba frente a su cama un anciano monumental, con una andadura de plantígrado y una sonrisa sedante, que con dos pases maestros le devolvió la dicha de vivir. Era el director del sanatorio.

Antes de decirle nada, sin saludarlo siquiera, María le pidió un cigarrillo. Él se lo dio encendido, y le regaló el paquete casi lleno. María no pudo reprimir el llanto.

—Aprovecha ahora para llorar cuanto quieras— le dijo el médico, con una voz adormecedora— No

hay mejor remedio que las lágrimas.

María se desahogó sin pudor, como nunca logró hacerlo con sus amantes casuales en los tedios después del amor. Mientras la oía, el médico la peinaba con los dedos, le arreglaba la almohada para que respirara mejor, la guiaba por el laberinto de su incertidumbre con una sabiduría y una dulzura que ella no había soñado jamás. Era, por la primera vez en su vida, el prodigio de ser comprendida por un hombre que la escuchaba con toda el alma sin esperar la recompensa de acostarse con ella. Al cabo de una hora larga, desahogada a fondo, le pidió autorización para hablarle por teléfono a su marido.

El médico se incorporó con toda la majestad de su rango. “Todavía no, reina”, le dijo, dándole en la mejilla la palmadita más tierna que había sentido nunca. “Todo se hará a su tiempo”. Le hizo después una bendición episcopal, y desapareció para siempre.

—Confía en mí— le dijo.

Esa misma tarde María fue inscrita en el asilo con un número de serie, y con un comentario superficial sobre el enigma de su procedencia y las dudas sobre su identidad. Al margen quedó una calificación escrita de puño y letra del director: agitada.

Tal como María lo había previsto, el marido salió de su modesto departamento del barrio de Horta con media hora de retraso para cumplir los tres compromisos. Era la primera vez que ella no llegaba a tiempo en casi dos años de una unión libre bien concertada, y él entendió el retraso por la ferocidad de las lluvias que asolaron la provincia aquel fin de semana. Antes de salir dejó un mensaje clavado en la puerta con el itinerario de la noche.

En la primera fiesta, con todos los niños disfrazados, prescindió del truco estelar de los peces invisibles porque no podía hacerlo sin la ayuda de ella. El segundo compromiso era en casa de una anciana de noventa y tres años, en silla de ruedas, que se preciaba de haber celebrado cada uno de sus últimos treinta cumpleaños con un mago distinto. Él estaba tan contrariado con la demora de María, que no pudo concentrarse en las suertes más simples. El tercer compromiso era el de todas las noches en un café concierto de las Ramblas, donde actuó sin inspiración para un grupo de

turistas franceses que no pudieron creer lo que veían porque se negaban a creer en la magia. Después de cada representación llamó por teléfono a su casa, y esperó sin ilusiones a que María contestara. En la última ya no pudo reprimir la inquietud de que algo malo había ocurrido.

De regreso a casa en la camioneta adaptada para las funciones públicas vio el esplendor de la primavera en las palmeras del Paseo de Gracia, y lo estremeció el pensamiento aciago de cómo podría ser la ciudad sin María. La última esperanza se desvaneció cuando encontró su recado todavía prendido en la puerta. Restaba tan contraído que se olvidó de darle comida al gato.

Sólo ahora que lo escribo caigo en la cuenta de que nunca supe cómo se llamaba en realidad, porque en Barcelona sólo lo conocíamos con su nombre profesional: Saturno el Mago. Era un hombre de carácter raro y con una torpeza social irredimible, pero el tacto u la gracia que le hacían falta le sobraban a María. Era ella quien lo llevaba de la mano en esa comunidad de grandes misterios, donde a nadie se le hubiera ocurrido llamar a nadie por teléfono después de la media noche para preguntar por su mujer. Saturno lo había hecho de recién venido y no quería recordarlo. Así es que esa noche se conformó con llamar a Zaragoza, donde una abuela medio dormida le contestó sin alarma que María había partido después del almuerzo. No durmió más de una hora al amanecer. Tuvo un sueño cenagoso en el cual vio a María con un vestido de novia en piltrafas y salpicado de sangre, y despertó con la certidumbre pavorosa de que había vuelto a dejarlo solo, y ahora para siempre, en el vasto mundo sin ella.

Lo había hecho tres veces con tres hombres distintos, incluso él, en los últimos cinco años. Lo había abandonado en Ciudad de México a los seis meses de conocerse, cuando agonizaban de felicidad con un amor demente en un cuarto de servicio de la colonia Anzures. Una mañana María no amaneció en la casa después de una noche de abusos inconfesables. Dejó todo lo que era suyo, hasta el anillo de su matrimonio anterior, y una carta en la cual decía que no era capaz de sobrevivir al tormento de aquel amor desatinado. Saturno pensó que había vuelto con su primer esposo, un condiscípulo de la escuela secundaria con quien se casó a escondidas siendo menor de edad, y al cual abandonó por otro al cabo de dos años de amor. Pero no: había vuelto a casa de sus padres, y allí fue Saturno a buscarla a cualquier precio. Le rogó sin condiciones, le prometió mucho más de lo que estaba resuelto a cumplir, pero tropezó con una determinación invencible. “Hay amores cortos y amores largos”, le dijo ella. Y concluyó sin misericordia: “Este fue corto”. Él se

rindió ante su rigor. Sin embargo, una madrugada de Todos los Santos, al volver a su cuarto de huérfano después de casi un año de olvido, la encontró dormida en el sofá de la sala con la corona de azahares y la larga cola de espuma de las novias vírgenes.

María le contó la verdad. El nuevo novio, viudo, sin hijos, con la vida resuelta y la disposición de casarse para siempre por la iglesia católica, la había dejado vestida y esperándolo en el altar. Sus padres decidieron hacer la fiesta de todos modos. Ella siguió el juego. Bailó, cantó con los mariachis, se pasó de tragos, y en un terrible estado de remordimientos tardíos se fue a la media noche a buscar a Saturno.

No estaba en casa, pero encontró las llaves en la maceta de flores del corredor, donde las escondieron siempre. Esta vez fue ella quien se le rindió sin concesiones. “¿Y ahora hasta cuándo?”, le preguntó él. Ella le contestó con un verso de Vinicius de Moraes: “El amor es eterno mientras dura”. Dos años después, seguía siendo eterno.

María pareció madurar. Renunció a sus sueños de actriz y se consagró a él, tanto en el oficio como en la cama. A fines del año anterior habían asistido a un congreso de magos en Perpignan, y de regreso conocieron Barcelona. Les gustó tanto que llevaban ocho meses aquí, y les iba tan bien, que habían comprado un apartamento en el muy catalán barrio de Horta, ruidoso y sin portero, pero con espacio de sobra para cinco hijos. Había sido la felicidad posible, hasta el fin de semana en que ella alquiló un automóvil y se fue a visitar a sus parientes de Zaragoza con la promesa de volver a las siete de la noche del lunes. Al amanecer del jueves todavía no había dado señales de vida.

El lunes de la semana siguiente la compañía de seguros del automóvil alquilado llamó por teléfono a la casa para preguntar por María. “No sé nada” dijo Saturno. “Búsquenla en Zaragoza”. Colgó. Una semana después un policía de civil fue a la casa con la noticia de que habían hallado el automóvil en los puros huesos, en un atajo cerca de Cádiz, a novecientos kilómetros del lugar en que María lo abandonó. El agente quería saber si ella tenía más detalles del robo. Saturno estaba dándole de comer al gato, y apenas si lo miró para decirle sin más vueltas que no perdieran el tiempo, pues su mujer se había fugado de la casa y él no sabía con quién ni para dónde. Era tal su convicción, que el agente se sintió incómodo y le pidió perdón por sus preguntas. El caso se

declaró cerrado.

El recelo de que María pudiera irse otra vez había asaltado a Saturno por Pascua Florida en Cadaqués, adonde Rosa Regás lo había invitado a navegar a vela. Estábamos en el Marítim, el populoso y sórdido bar de la gauche divine en el crepúsculo del franquismo, alrededor de una de aquellas mesas de hierro con sillas de hierro donde sólo cabíamos seis a duras penas y nos sentábamos veinte. Después de agotar la segunda cajetilla de cigarrillos de la jornada, María se encontró sin fósforos. Un brazo escuálido de vellos viriles con una esclava de bronce romano se abrió paso entre el tumulto de la mesa, y le dio fuego. Ella lo agradeció sin mirar a quien, pero Saturno el Mago lo vio. Era un adolescente óseo y lampiño, de una palidez de muerto y una cola de caballo muy negra que le daba a la cintura. Los cristales del bar soportaban apenas la furia de la tramontana de primavera, pero él iba vestido con una especie de pijama callejero de algodón crudo, y unas abarcas de labrador.

No volvieron a verlo hasta fines del otoño, en un hostel de mariscos de la Barceloneta, con el mismo conjunto de zaraza ordinaria y una larga trenza en vez de la cola de caballo. Los saludó a ambos como a viejos amigos, y por el modo como besó a María, y por el modo como ella le correspondió, a Saturno lo fulminó la sospecha de que habían estado viéndose a escondidas. Días después encontró un nombre nuevo y un número de teléfono escritos por María en el directorio doméstico, y la inclemente lucidez de los celos le reveló de quien eran. El prontuario social del intruso acabó de rematarlo: veintidós años, hijo único de una familia de ricos, decorador de vitrinas de moda, con una fama fácil de bisexual y un prestigio bien fundado como consolador de alquiler de señoras casadas. Pero logró sobreponerse hasta la noche en que María no volvió a casa. Entonces empezó a llamarlo por teléfono todos los días, primero cada dos o tres horas, desde las seis de la mañana hasta la madrugada siguiente, y después cada vez que encontraba un teléfono a la mano. El hecho de que nadie contestara aumentaba su martirio.

Al cuarto día le contestó una andaluza que sólo iba a hacer la limpieza. “El señorito se ha ido”, le dijo, con suficiente vaguedad para enloquecerlo. Saturno no resistió la tentación de preguntarle si por casualidad no estaba ahí la señorita María.

—Aquí no vive ninguna María— le dijo la mujer —el señorito es soltero.

—Ya lo sé —le dijo él—. No vive, pero a veces va. ¿O no?

La mujer se encabritó.

—¿Pero quién coño habla ahí?

Saturno colgó. La negativa de la mujer le pareció una confirmación más de lo que ya no era para él una sospecha sino una certidumbre ardiente. Perdió el control. En los días siguientes llamó por orden alfabético a todos los conocidos de Barcelona. Nadie le dio razón, pero cada llamada le agravó la desdicha, porque sus delirios de celos eran ya célebres entre los trasnochadores impenitentes de La gauche divine, y le contestaban con cualquier broma que lo hiciera sufrir. Sólo entonces comprendió hasta qué punto estaba solo en aquella ciudad hermosa, lunática e impenetrable, en la que nunca sería feliz. Por la madrugada, después de darle de comer al gato, se apretó el corazón para no morir, y tomó la determinación de olvidar a María

A los dos meses, María no se había adaptado aún a la vida del sanatorio. Sobrevivía picoteando apenas la pitanza de cárcel con los cubiertos encadenados al mesón de madera bruta, y la vista fija en la litografía del general Francisco Franco que presidía el lúgubre comedor medieval. Al principio se resistía a las horas canónicas con su rutina bobalicona de maitines, laudes, vísperas y otros oficios de iglesia que ocupaban la mayor parte del tiempo. Se negaba a jugar a la pelota en el patio de recreo, y a trabajar en el taller de flores artificiales que un grupo de reclusas atendía con una diligencia frenética. Pero a partir de la tercera semana fue incorporándose poco a poco a la vida del claustro. A fin de cuentas, decían los médicos, así empezaban todas, y tarde o temprano terminaban por integrarse a la comunidad.

La falta de cigarrillos, resuelta en los primeros días por la guardiana que los vendía a precio de oro, volvió a atormentarla cuando se le agotó el poco dinero que llevaba. Se consoló después con los cigarrillos de papel periódico que algunas reclusas fabricaban con las colillas recogidas en la basura, pues la obsesión de fumar había llegado a ser tan intensa como la del teléfono. Las pesetas exiguas que se ganó más tarde fabricando flores artificiales le permitieron un alivio efímero.

Lo más duro era la soledad en las noches. Muchas reclusas permanecían despiertas en la penumbra, como ella, pero sin atreverse a nada, pues la guardiana nocturna velaba también en el portón cerrado con cadena y candado. Una noche, sin embargo, abrumada por la pesadumbre, María preguntó con voz suficiente para que oyera su vecina de cama:

—¿Dónde estamos?

La voz grave y lúcida de la vecina le contestó:

—En los profundos infiernos.

—Dicen que esta es tierra de moros—dijo otra voz distante que resonó en el ámbito del dormitorio—. Y debe ser cierto, porque en verano, cuando hay luna, se oyen los perros ladrándole a la mar.

Se oyó la cadena de las argollas como un ancla de galeón, y la puerta se abrió. La cancerbera, el único ser que parecía vivo en el silencio instantáneo, empezó a pasearse de un extremo al otro del dormitorio. María se sobrecogió, y sólo ella sabía por qué.

Desde su primera semana en el sanatorio, la vigilante nocturna le había propuesto sin rodeos que durmiera con ella en el cuarto de guardia. Empezó con un tono de negocio concreto: trueque de amor por cigarrillos, por chocolates, por lo que fuera. “Tendrás todo”, le decía, trémula. “Serás la reina”. Ante el rechazo de María, la guardiana cambió de método. Le dejaba papelitos de amor debajo de la almohada, en los bolsillos de la bata, en los sitios menos pensados. Eran mensajes de un apremio desgarrador capaz de estremecer a las piedras. Hacía más de un mes que parecía resignada a la derrota, la noche en que se promovió el incidente en el dormitorio.

Cuando estuvo convencida de que todas las reclusas dormían, la guardiana se acercó a la cama de María, y murmuró en su oído toda clase de obscenidades tiernas, mientras le besaba la cara, el cuello tenso de terror, los brazos yertos, las piernas exhaustas. Por último, creyendo tal vez que la parálisis de María no era de miedo sino de complacencia, se atrevió a ir más lejos. María le soltó entonces un golpe con el revés de la mano que la mandó contra la cama vecina. La guardiana se incorporó furibunda en medio del escándalo de las reclusas alborotadas.

—Hija de puta— gritó—. Nos pudriremos juntas en este chiquero hasta que te vuelvas loca por mí.

El verano llegó sin anunciarse el primer domingo de junio, y hubo que tomar medidas de emergencia, porque las reclusas sofocadas empezaban a quitarse durante la misa los balandranes de estameña. María asistió divertida al espectáculo de las enfermas en pelota que las guardianas correteaban por las naves como gallinas ciegas. En medio de la confusión, trató de protegerse de los golpes perdidos, y sin saber cómo se encontró sola en una oficina abandonada, y con un teléfono que repicaba sin cesar con un timbre de súplica. María contestó sin pensarlo, y oyó una voz lejana y sonriente que se entretenía imitando el servicio telefónico de la hora:

—Son las cuarenta y cinco horas, noventa y dos minutos y ciento siete segundos—

—Maricón— dijo María.

Colgó divertida. Ya se iba, cuando cayó en la cuenta de que estaba dejando escapar una ocasión irrepetible. Entonces marcó seis cifras, con tanta tensión y tanta prisa, que no estuvo segura de que fuera el número de su casa. Esperó con el corazón desbocado, oyó el timbre familiar con su tono ávido y triste, una vez, dos veces, tres veces, y oyó por fin la voz del hombre de su vida en la casa sin ella.

—¿Bueno?

Tuvo que esperar a que pasara la pelota de lágrimas que se le formó en la garganta.

—Conejo, vida mía —suspiró.

Las lágrimas la vencieron. Al otro lado de la línea hubo un breve silencio de espanto, y la voz, enardecida por los celos escupió la palabra:

—¡Putá!

Y colgó en seco.

Esa noche, en un ataque frenético, María descolgó en el refectorio la litografía del generalísimo, la arrojó con todas sus fuerzas contra el vitral del jardín, y se derrumbó bañada en sangre. Aún le sobro rabia para enfrentarse a golpes con los guardianes que trataron de someterla, son lograrlo, hasta que vio a Herculina plantada en el vano de la puerta, con los brazos cruzados, mirándola. Se rindió. No obstante, la arrastraron hasta el pabellón de las locas furiosas, la aniquilaron con una manguera de agua helada, y le inyectaron trementina en las piernas. Impedida para caminar por la inflamación provocada, María se dio cuenta de que no había nada en el mundo que no fuera capaz de hacer por escapar de aquel infierno. La semana siguiente, ya de regreso al dormitorio común, se levantó en puntillas y tocó en la celda de la guardiana nocturna.

El precio de María, exigido por ella de antemano, fue llevarle un mensaje a su marido. La guardiana aceptó, siempre que el trato se mantuviera en secreto absoluto. Y la apuntó con un índice inexorable.

—Si alguna vez sabe, te mueres.

Así que Saturno el Mago fue al sanatorio de locas el sábado siguiente, con la camioneta de circo preparada para celebrar el regreso de María. El director en persona lo recibió en su oficina, tan limpia y ordenada como un barco de guerra, y le hizo un informe afectuoso sobre el estado de la esposa. Nadie sabía de dónde llegó, ni cómo ni cuándo, pues el primer dato de su ingreso era el registro oficial dictado por él cuando la entrevistó. Una investigación iniciada el mismo día no había concluido en nada. En todo caso, lo que más intrigaba al director era cómo supo Saturno el paradero de su esposa. Saturno protegió a la guardiana.

—Me lo informó la compañía de seguros del coche— dijo.

El director se sintió complacido. “No sé cómo hacen los seguros para saberlo todo”, dijo. Le dio una ojeada al expediente que tenía sobre su escritorio de asceta, y concluyó:

—Lo único cierto es la gravedad de su estado.

Estaba dispuesto a autorizarle una visita con las precauciones debidas si Saturno el mago le prometía, por el bien de su esposa, ceñirse a la conducta que él le indicara. Sobre todo en la

manera de tratarla, para evitar que recayera en sus arrebatos de furia cada vez más frecuentes y peligrosos.

—Es raro —dijo Saturno— Siempre fue de genio fuerte, pero de mucho dominio.

El médico hizo un ademán de sabio. “Hay conductas que permanecen latentes durante muchos años, y un día estallan”, dijo. “Con todo, es una suerte que haya caído aquí, porque somos especialistas en casos que requieren mano dura”. Al final hizo una advertencia sobre la rara obsesión de María por el teléfono.

—Sígale la corriente— dijo.

—Tranquilo, doctor— dijo Saturno con un aire alegre— Es mi especialidad.

La sala de visitas, mezcla de cárcel y confesionario, era el antiguo locutorio del convento. La entrada de Saturno no fue la explosión de júbilo que ambos hubieran podido esperar. María estaba de pie en el centro del salón, junto a una mesita con dos sillas y un florero sin flores. Era evidente que estaba lista para irse, con su lamentable abrigo color de fresa y unos zapatos sórdidos que le habían dado de caridad. En un rincón, casi invisible, estaba Herculina con los brazos cruzados. María no se movió al ver entrar al esposo ni asomó emoción alguna en la cara todavía salpicada por los estragos del vitral. Se dieron un beso de rutina.

—¿Cómo te sientes?— le preguntó él.

—Feliz de que al fin hayas venido, conejo —dijo ella—. Esto ha sido la muerte.

No tuvieron tiempo de sentarse, María le contó las miserias del claustro, la barbarie de las guardianas, la comida de perros, las noches interminables sin cerrar los ojos por el terror.

—Ya no sé cuántos días llevo aquí, o meses o años, pero sé que cada uno ha sido peor que el otro —dijo, y suspiró con el alma—: Creo que nunca volveré a ser la misma.

—Ahora todo eso pasó— dijo él acariciándole con la yema de los dedos las cicatrices recientes de

la cara – Yo seguiré viniendo todos los sábados. Y más, si el director me lo permite. Ya verás que todo va a salir muy bien.

Ella fijó en los ojos de él sus ojos aterrados. Saturno intentó sus artes de salón. Le contó, en el tono pueril de las grandes mentiras, una versión dulcificada de los pronósticos del médico. “En síntesis”, concluyó, “aún te faltan algunos días para estar recuperada por completo”. María entendió la verdad.

—¡Por Dios, conejo! —dijo atónita—. ¡No me digas que tú también crees que estoy loca!

—¡Cómo se te ocurre! —dijo él, tratando de reír— Lo que pasa es que sería mucho mas conveniente para todos que sigas por un tiempo aquí. En mejores condiciones, por supuesto.

—¡Pero si ya te dije que sólo vine a hablar por teléfono!— dijo María.

El no supo como reaccionar ante la obsesión temible. Miró a Herculina. Esta aprovechó la mirada para indicarle en su reloj de pulso que era tiempo de terminar la visita. María interceptó la señal, miró hacia atrás, y vio a Herculina en la tensión del asalto inminente. Entonces se aferró al cuello del marido gritando como una verdadera loca. Él se la quitó de encima con tanto amor como pudo, y la dejó a merced de Herculina, que le saltó por la espalda. Sin darle tiempo para reaccionar le aplicó una llave con la mano izquierda, le pasó el otro brazo de hierro alrededor del cuello, y le gritó a Saturno el Mago:

—¡Váyase!

Saturno huyó despavorido.

Sin embargo, el sábado siguiente, ya repuesto del espanto de la visita, volvió al sanatorio con el gato vestido igual que él: la malla roja y amarilla del gran Leotardo, el sombrero de copa y una capa de vuelta y media que parecía para volar. Entró con la camioneta de feria hasta el patio del claustro, y allí hizo una función prodigiosa de casi tres horas que las reclusas gozaron desde los balcones, con gritos discordantes y ovaciones inoportunas. Estaban todas, menos María, que no

sólo se negó a recibir al marido, sino inclusive a verlo desde los balcones. Saturno se sintió herido de muerte.

—Es una reacción típica— lo consoló el director—. Ya pasará.

Pero no pasó nunca. Después de intentar muchas veces ver de nuevo a María, Saturno hizo lo imposible por que le recibiera un carta, pero fue inútil.

Cuatro veces la devolvió cerrada y sin comentarios. Saturno desistió, pero siguió dejando en la portería del hospital las raciones de cigarrillos, sin saber siquiera si le llegaban a María, hasta que lo venció la realidad.

Nunca más se supo de él, salvo que volvió a casarse y regresó a su país. Antes de irse de Barcelona le dejó el gato medio muerto de hambre a una noviecita casual, que además se comprometió a seguir llevándole los cigarrillos a María. Pero también ella desapareció. Rosa Regás recordaba haberla visto en el Corte Inglés, hace unos doce años, con la cabeza rapada y el balandrán anaranjado de alguna secta oriental, encinta a más no poder. Ella le contó que había seguido llevándole los cigarrillos a María, siempre que pudo, y resolviéndole algunas urgencias imprevistas, hasta un día en que sólo encontró los escombros del hospital, demolido como un mal recuerdo de aquellos tiempos ingratos. María le pareció muy lúcida la última vez que la vio, un poco pasada de peso y contenta con la paz del claustro. Ese día le llevó también el gato, porque ya se le había acabado el dinero que saturno le dejó para darle de comer.

Abril 1978

María era (hasta el día en que su auto se averió) una mujer con cierta identidad, determinados hábitos, su vida cotidiana era la de una persona con familia, casada, con una realidad subjetiva acorde a sus relaciones con ellos y con el resto de la sociedad. El matrimonio es un ejemplo de unión civil institucionalizada, es decir que las acciones de los actores (María y Saturno) son tipificadas recíprocamente. Esta es también una relación cara a cara, es decir del círculo íntimo.

Hasta que “por equivocación”, la internaron en un hospital psiquiátrico, y el mantenimiento de su realidad subjetiva entró en crisis, sufrió un gran cuestionamiento ya que mantenía un diálogo con personas que no conocía y que la trataban como algo que ella sabía que no era, la tipificaban de “loca”. En cuanto a su identidad, allí no existía una dialéctica entre la auto-identificación y la de los otros.

El tipo de mantenimiento de realidad subjetiva de rutina (horarios, reglas, etc.), eran los que lleva un enfermo mental en su vida cotidiana.

En el hospital hay ciertas acciones institucionalizadas y legitimadas, se pueden observar distintos niveles de legitimación.

El primer nivel se observa en las imposiciones que le hacen, principalmente “Herculina”, tipificada como una bruta guardiana lesbiana: no puede hablar por teléfono porque ellos así lo disponen.

En la justificación científica de la locura de María encontramos el tercer nivel de legitimación: el doctor le explica a Saturno con basamentos de la medicina porqué su mujer está y tiene que permanecer internada.

También encontramos un nivel más alto de legitimación que organiza la identidad y las relaciones de la vida cotidiana, que integra los niveles ya mencionados. Este es el Universo Simbólico, y para el mantenimiento del mismo, para impedir que se desvíe, la forma de terapia es no dejarla salir del lugar, y que cumpla las normas por ejemplo.

Aunque los dos primeros meses “no se adaptó” a esa vida , “fue incorporándose a la vida del claustro, integrándose a la comunidad”. Es decir, la rutina, los hábitos, la identificación que los otros tienen de ella, fueron produciendo una ruptura en la socialización de María: su realidad subjetiva sufrió una modificación, se desintegró. Se puede decir que hubo Alternación, que María se desafiló de su mundo anterior y de la estructura de plausibilidad que lo sustentaba. Hubo una reorganización del aparato conversacional, los interlocutores cambiaron: en el hospital los médicos, las guardianas, las enfermas formaron parte de un nuevo diálogo. Además, se complementa con el hecho de que el marido, un “otro significante”, la reconozca como loca después de que el médico se lo afirmara: dejó a su mujer internada, por lo legítima que es la palabra del doctor, es quien posee el verdadero discurso científico. Este último además, pasó a ser un “otro significante” en la vida de María, fundamental en el aparato legitimador en la modificación de su realidad subjetiva.



ACTIVIDAD 4

A partir de la lectura del siguiente texto:

- Realice un análisis del siguiente relato utilizando el material de la Unidad 1.

Manual de Zonceras Criollas. Arturo Jauretche(*)

B) Zonceras sobre la población (O de la autodenigración)

"La tesis de la debilidad o inmadurez de las Américas -dice Gerbi- nace con Buffon a mediados del siglo XVIII". Es el traslado a los animales y al hombre de la idea de la inferioridad geográfica que acabamos de ver en la *zoncera* "la nieve contiene mucha cultura". "Uno de los descubrimientos más importantes de Buffon, y uno de los más lo enorgullecían es éste: que son *diversas* las especies de animales del mundo antiguo y de la América Meridional. Diversas y, en muchos casos, inferiores, o más débiles las del mundo nuevo". Así recuerda Gerbi que para Buffon el león, el rey

de los animales del viejo mundo en su versión sudamericana carece de melena y además "es mucho más pequeño, más débil y más cobarde que el verdadero león". Agrega Gerbi que la intuición surgida de confrontar el puma con el león se extiende fulminantemente a toda serie de los grandes mamíferos.¹

Así compara el elefante con el tapir y éste le resulta un paquidermo de bolsillo. No se puede comparar la alpaca y la llama con el camello. Como muy bien dice Gerbi, Buffon hace desfilar los animales como si bajaran uno tras otro del Arca de Noé. "Una primera conclusión se impone: *la naturaleza viva es aquí mucho menos activa, mucho menos variada, y hasta podemos decir que mucho menos fuerte*".²

La segunda conclusión viene enseguida y es que los animales domésticos llevados por los europeos a América corren la misma suerte que los animales salvajes. Dice Gerbi citando a Buffon:

"Los caballos, los asnos, los bueyes, las cabras, los cerdos, los perros, todos estos animales se han hecho allí más pequeños; y... aquellos que no se transportaron, sino que fueron allá por sí mismos -(seguramente del Arca de Noé previa estadía en el viejo continente)-, como los lobos, las zorras, los ciervos, los corzos, los alces, son asimismo notablemente más pequeños en América que en Europa, y esto sin ninguna excepción" (Buffon, *Oeuvres Completes*, vol. XV, pág. 444)

En conclusión, la naturaleza sudamericana es hostil al desarrollo de los animales. Y en seguida del criterio geográfico viene el criterio genético. Así Buffon descubre que la naturaleza del nuevo mundo es opuesta al desarrollo de los grandes gérmenes. Y aquí ya no se trata de los animales en general sino del hombre en particular. Nos dice: "El salvaje es débil y pequeño por los órganos de la generación; no tiene pelo ni barba, ningún ardor para con su hembra..." (*Oeuvres Completes*, tomo XV, págs. 443-446).

Sirva saber que la tesis despectiva de nuestra América y su hombre, tenía el respaldo eurocéntrico de la ciencia para comprender en cierta manera esta autodenigración que caracterizó la "intelligentzia" en los primeros pasos del país y aun en el período en que el eurocentrismo se afirmó en todos los terrenos durante el siglo XIX. La deformación producida por el esquema de civilización y barbarie, explica en gran parte una actitud de pajuerano deslumbrado por las *lucres del centro* y

hace inteligible el descastamiento despectivo del propio origen, de la propia cultura y de las propias posibilidades. Pero lo que fue un error en el mejor de los casos, al que se sumaba la "leyenda negra", ahora es un crimen deliberado y consciente que se continúa practicando masivamente por la "intelligentzia" a través de todos los instrumentos de información y cultura. Así se opuso el inmigrante al nativo, como se habían opuesto civilización y barbarie. Si el país venció haciendo suyo al descendiente del inmigrante, fue venciendo a la "intelligentzia" que buscó el proceso inverso. Iremos viendo algunos aspectos de la autodenigración.

1 El lector que quiera informarse detenidamente de los increíbles disparates respaldados por el prestigio de los más calificados intelectuales del siglo XVIII y XIX encontrará en el libro de Antonello Gerbi *La disputa de del Nuevo Mundo: historia de una polémica, 1750-1900*, F.C.E.. México, 1960, la más detallada y humorística documentación. Verá allí a Buffon mezclarse con Hegel; a Montesquieu con Voltaire; a Reynal con Tomás Moro en sus afirmaciones eurocéntricas disminuyentes para la calidad y la posibilidad del hombre americano.

2 En el número del 9 de julio de 1968 de la revista "Azul y Blanco", publica Manuel Abal Medina la notita que se transcribe: "A fines del siglo XVIII y durante buena parte del XIX cobró difusión una antojadiza teoría acerca de los efectos que la geografía, el clima y los demás elementos naturales sudamericanos tienen sobre los seres vivos. Según la tesis, las plantas, los animales y hasta los hombres sufren en estas tierras un proceso de involución que los convierte en especies menores, en versiones degeneradas de los originales.

"Treinta días atrás llegó a Buenos Aires John Walter Pearson, un famoso cazador norteamericano, ganador de numerosos trofeos y considerado como uno de los mejores tiradores de su país. Traía consigo una decena de rifles de las mejores marcas europeas que mostró, orgulloso, a los periodistas de un diario uruguayo que lo reportearon en su hotel. 'Vengo más en plan de turismo que para cazar -les dijo- porque no hay en estos países más que especies menores, casi inofensivas'. Interrogado acerca de qué zonas recorrería dijo que pensaba visitar el noroeste argentino y, si le quedaba tiempo, cazaría unos 'gatos'. 'Por supuesto -agregó- que no se necesitan estas armas para cazarlos. Con ésta, que es mi preferida -dijo empuñando un rifle de grandes dimensiones y complicado mecanismo de mira-, he matado más de veinte leones en el África'.

"Partió hacia el norte poco después. En Salta contrató dos baqueanos para que lo acompañaran a cazar unos pumas. Dos días más tarde regresaron sus dos compañeros y contaron lo sucedido. Pearson, desoyendo sus consejos, se había internado en el monte por la noche; quería encontrar un puma. A la mañana siguiente salieron a buscarlo; encontraron su cuerpo destrozado a zarpazos a pocos metros. Apretaba todavía en una mano su rifle preferido, no había alcanzado a disparar ni un tiro.

"Moraleja: ¡Cuidado con las 'especies menores'!"

Miguel Ángel Ferraro- Sofía Saulesleja: Análisis de "Zonceras sobre la población (O de la autodenigración)

Soy **conciente** de mi pertenencia a esta sociedad, y de mi plena subjetividad, y me propongo reflexionar acerca de los hechos históricos que tanto influyeron e influyen en la biografía de los argentinos. Porque la autodenigración es un **problema** de la sociedad toda, y es necesario comprender como fue gestándose para luego trabajar en su solución.

¿Es de extrañar que gran parte de los argentinos sienta un voraz deslumbramiento por la cultura europea, y cierto desprecio hacia las raíces americanas? ¿Y que la gente del campo se sienta inferior a la de la ciudad?

Ni la vida de un individuo ni la historia de una sociedad pueden entenderse sin entender ambas cosas.

Necesitamos la cualidad mental que nos ayude a recapitular lo que ocurre y ocurrió en el mundo y lo que está sucediendo adentro nuestro. La imaginación sociológica es esta cualidad que nos permitirá relacionar los hechos ocurridos durante la historia argentina con nuestra biografía.

En el texto de Arturo Jauretche, nos encontramos con una tesis de Buffon, quien se refiere a la inferioridad de la naturaleza americana, (especialmente de la fauna) pero se sobreentiende la intención de desprestigiar a la raza humana.

No es “natural” que sea un francés de mediados del siglo XVIII quien realice comparaciones entre la naturaleza americana y la europea. Y que afirme con plena seguridad que son más “débiles las del nuevo mundo”. Todo lo que Buffon considera normal, está pautado por la sociedad que él conformaba.

Pareciera ser que las células de la debilidad estuvieran plasmadas en los individuos de este continente. Obviando las razones que este hombre tendrá para afirmarlo, sería útil recordar que existe una dialéctica entre la naturaleza y la sociedad, es decir, que la **situación histórica social limita al organismo**. Se podría decir que Buffon parte desde como “ciertos factores biológicos” limitan la vida americana. Pero olvida que la sociedad determina cuánto tiempo y de que manera vivirá el organismo individual, y esto puede programarse institucionalmente en la operación de controles sociales. Y un ejemplo de esto es la masacre de los europeos sobre los primeros habitantes del llamado “nuevo mundo”.

Con esto me refiero a que si Buffon hubiera hablado de que “el organismo es más débil ya que no alcanza la longevidad de los europeos”, habría que recordarle que en la esperanza de vida de Sudamérica mucho influyen las acciones realizadas por el “viejo mundo”.

En esa época la creencia de América como continente inferior estaba institucionalizada, y se la desprestigiaba mediante la ciencia.

Lo que Buffon intenta es, mediante una **teoría pura en la que compara “la verdadera” con una subnaturaleza, legitimar el eurocentrismo**.

Pero esta historia se remonta allá por 1492. Antes del 12 de octubre, los habitantes de este continente tenían su forma de construir la sociedad. Es decir, **externalizaban y objetivaban el mundo social, y este se volvía a proyectar en su conciencia durante la socialización. Tenían sus procesos particulares de institucionalización y legitimación. Todo integrado a un Universo Simbólico**, fuertemente arraigado a la naturaleza, a la tierra. Y sus idiomas particulares, su lenguaje mediante el que objetivaban su mundo,

Pero los europeos también tenían su Universo Simbólico. Y gran parte del genocidio aborígen fue justificado por un cristianismo que optó por **aniquilar los Universos Simbólicos** de los americanos. (además de aniquilarlos con armas)

Es decir, como mecanismo de mantenimiento de su Universo, atribuyeron características negativas al de los americanos, lo descalificaron. Durante las conquistas españolas llegaron a concebir que eran inhumanos y en otros casos sin alma. Para “salvarlos del infierno” hubo que evangelizarlos, y para quitarles su libertad y sus bienes, se los despojó de los símbolos de identidad, su religión, lenguaje...

Y si por 1500 “*se usó el Dios cristiano como coartada para el saqueo*” como diría Galeano, en la época de Buffon (siglo XVIII) se prefirió el respaldo de las “luces de la razón”. Y este intelectual, considerado uno de los sabios más ilustres de su época, utiliza una tesis, es decir, **teoría pura, para legitimar la inferioridad americana**. “La naturaleza es aquí mucho menos fuerte” y afirma los “efectos que elementos naturales sudamericanos tienen sobre los seres vivos”, Según esta tesis, las plantas, animales y hombres sufren un proceso de involución que los convertiría en especies menores. Es esta una teoría explícita por la que **un sector institucional se legitima en términos de un cuerpo de conocimiento diferenciado**.

El orden que brindaba la religión se había dejado atrás, y esto producía cierta nostalgia.

En el siglo XIX surge como respuesta conservadora a la crisis que provocaba la necesidad de **orden social**, la idea del estudio de la sociedad con el mismo método que para la naturaleza. Si a esta se la podía predecir y controlar, a la sociedad también.

Herbert Spencer se vinculó a este positivismo y lo aplicó a la sociología. El se basó en la teoría de Darwin, quien propuso que el limitado espacio disponible y la escasez de alimentos hacen que se entable entre los seres vivos una competencia, una lucha por la vida en la que triunfan los más aptos.

Spencer tomó el principio de supervivencia de los más aptos y lo trasladó al campo social para justificar la conquista de un pueblo por otro. Señalaba que la sociología debía demostrar que los

hombres no debían intervenir en el proceso natural de las sociedades.

Y este proceso “natural” implicó el agravamiento de las desigualdades. Por un lado los ilustrados, los más aptos. El resto, los de menor posibilidad de supervivencia. En Argentina las ideas de los ilustrados fueron llegando, por ejemplo de la mano del que hoy consideramos “el padre del aula”.

Domingo Faustino Sarmiento, ese que en nuestra **socialización secundaria** lo estudiamos como prócer, fue partidario de la “*Lucha entre la civilización europea y la barbarie indígena*”. Estableció las diferencias entre los argentinos, “*civilizados o ignorantes*”.

Y así fue **institucionalizándose** que lo proveniente de Europa era cultura, inteligencia. En cambio los indios y los gauchos fueron tipificados como ignorantes, brutos.

Todas estas ideas quedaron legitimadas en el “Facundo”:

“El mal que aqueja a la República Argentina es la extensión; el desierto la rodea por todas partes, el despoblado sin una habitación humana”(... Parece que en ese entonces ser indio no era ser persona. Al tocar el tema de la inteligencia, se consideraba al hombre de campo sin facultades para poseerla.

(...)“El hombre de la ciudad viste el traje europeo, vive la vida civilizada tal como la conocemos en todas partes; allí está el progreso (...) El hombre de campo lleva otro traje, que llamaré americano (...) todo lo que hay de civilizado en la ciudad está bloqueado por allí(...) El progreso moral, la cultura de la inteligencia descuidada en las tribus árabe o tártara, es aquí , no solo descuidada, sino imposible(...)

La vida del campo ha desenvuelto en el gaucho las facultades físicas, sin ninguna de las de la inteligencia (...) es feliz en medio de su pobreza (...) “

“Para que mi provincia haya podido producir en una época dada tantos hombres eminentes e ilustrados, es necesario que las luces hayan estado difundidas sobre un número mayor de individuos (...) ¿Cuál no debería ser el acrecentamiento de las luces, riqueza y población que hoy día debería notarse, si un espantoso retroceso a la barbarie no hubiese impedido a aquel pobre pueblo continuar su desenvolvimiento?”(...)

“Las razas americanas viven en la ociosidad y se muestran incapaces para realizar un trabajo duro y seguido”

El **mundo institucional** es transmitido por los padres en el proceso de **socialización**. Las definiciones que estos (**los otros significantes**) hacen de la situación del individuo le son presentadas a este como realidad objetiva. Imaginemos un niño “civilizado”, nacido en territorio argentino en esa época. Su madre, con toda la carga afectiva necesaria le enseñará como ser, lo **habituará**, lo conducirá a su **“frustración biológica”, moldeará su identidad**.

Este niño luego irá a la escuela para encaminar su **socialización secundaria**, y allí aprenderá acerca de las “maravillas” europeas y las “salvajadas” de los bárbaros. Entonces estos niños serán considerados **“socializados exitosamente”**, ya que serán lo que se supone que sean. Y aprenderán que eso es lo correcto, que deben actuar y ser de cierta forma ya que son “civilizados”.

Pero aquellos que provengan del noroeste por ejemplo, y no hablen castellano sino Quechua tendrán una **socialización deficiente**. Serán **estigmatizados**, es decir habrá una asimetría entre la realidad objetiva y la subjetiva. Serán “barbarie”, y esto implica ser ignorante, bruto, sucio, vago, salvaje y una interminable lista de adjetivos aberrantes.

En la Argentina la mayoría de los niños comenzaron a asistir a la escuela con un trasfondo de ideas de este tipo. ¿Podemos hablar de la educación como medio para conseguir la igualdad? ¿O esta tiende a expresar y reafirmar desigualdades ya existentes?

Muchos estudios se han hecho referidos a este tema, por ejemplo el de Coleman, demuestra que las principales influencias sobre el rendimiento escolar, son la familia y el estrato social. Y Bernstein plantea que el capital cultural transmitido por los padres por medio del lenguaje durante el proceso de socialización influye en el rendimiento escolar de sus hijos. aporta con las teorías de la escolarización, en donde propone la existencia de códigos lingüísticos según el extracto social de los niños. Los niños de “clase trabajadora” tendrían un “código restringido”, con un discurso orientado a normas de grupo sin un “porqué”.

Los niños de “clase media”, en cambio, tendrían un “código elaborado”, con más razones y explicaciones.

Aquellos que poseen un código elaborado serían más capaces para abordar las exigencias de la educación académica formal. el código restringido no es inferior, sino que choca con la cultura de la escuela.

Esto se puede trasladar a los niños nacidos en clase tipificada como “civilizada”, y a niños de clase tipificada como “barbarie”. Fueron muchos (y aún lo son) los problemas de alfabetización, por esas diferencias entre lo que los niños aprendían en la socialización primaria en su hogar, y la secundaria.

Evidentemente todo lo considerado “barbarie”, chocó con la cultura de la escuela.

Una escuela con la mirada puesta en Europa, en donde se enseñó a estigmatizar a los de culturas diferentes como brutos ignorantes, fue la base de la socialización secundaria de este país. Y no solo una escuela, sino una sociedad en su totalidad. ¿Por qué hoy un porteño se siente más identificado con un francés que con un boliviano? ¿Porqué el adjetivo “boliviano” para muchos es sinónimo de suciedad, ignorancia o vagancia, mientras que “europeo” se asocia con educación, prestigio, inteligencia?

¿Por qué se asocia a la ciudad con inteligencia y al campo con la ignorancia?

No es “natural” este desprestigio del propio origen, de la propia cultura. Aquí no se trata de un deslumbramiento natural por las “luces del centro”. Algunos de los motivos son los analizados anteriormente.

() Ensayista, escritor y político argentino nació en Lincoln, provincia de Buenos Aires en 1901-1974). Jauretche militó en su juventud en el Partido Conservador para luego enrolarse en las filas yrigoyenistas. En 1930 fue protagonista de la lucha callejera contra los gobiernos de los generales José Félix Uriburu y luego de Agustín P. Justo y participó en actividades de riesgo especialmente*

en los combates de San Joaquín y Paso de los Libres, Corrientes, el 29 de diciembre de 1933 donde fue tomado prisionero luego de este último levantamiento radical. En las luchas internas del radicalismo dirigió los grupos "Continuidad Jurídica" y "Legalista" que se oponían a la dirección de Marcelo Torcuato de Alvear.

Fue inspirador y motor del movimiento denominado FORJA, en el que juntamente con Raúl Scalabrini Ortiz, Gabriel del Mazo y Luis Dellepiane, enfrentó a la conducción oficial partidaria dominada por el "alvearismo". Hábil polemista, su obra y su pensamiento tuvieron gran influencia en amplios sectores del nacionalismo democrático. Posteriormente, con el surgimiento del peronismo, Jauretche adhirió a los principios del recién nacido movimiento justicialista. Desde 1946 hasta 1951 fue presidente del Banco de la Provincia de Buenos Aires y, al producirse la Revolución de 1955, volvió a la lucha política "en defensa de los diez años de gobierno popular". Especialista en temas políticos, sociales y económicos, Jauretche fue el mentor de obras como "El Plan Prebisch", "Prosas de hacha y tiza", "Los profetas del odio", "El paso de los libres", "FORJA y la década infame", "El medio pelo en la sociedad argentina" y el "Manual de zonceras argentinas", entre otras obras. Divulgador de originales ideas que guiaron al movimiento popular, Jauretche murió en Buenos Aires el 25 de mayo de 1974, cuando tenía 73 años.